UNE ✦ SACRA

Islam

Alquimia de la felicidad

✦ ✦ ✦

Al-Ghazali (1058–1111)

Traducción (edición 1)

Créditos

Autor	Al-Ghazali (1058–1111)
Fecha	c. 1105
Idioma original	Persa
Versión	Traducción (edición 1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de Claud Field
Fuente	Internet Sacred Text Archive (cópia da Wayback Machine) — The Alchemy of Happiness, trad. Claud Field, 1909
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

La Alquimia de la felicidad (Kimiya-yi Sa'adat) es la versión breve, escrita en persa por Abu Hamid al-Ghazali (1058–1111), de su obra maestra, La revivificación de las ciencias de la religión.

Así como la alquimia transforma el metal común en oro, dice Ghazali, el alma se transforma cuando se aparta del mundo y se vuelve hacia Dios.

El camino tiene cuatro partes: conocerse a sí mismo, conocer a Dios, conocer este mundo y conocer el otro. Siguen capítulos sobre la música y la danza como ayuda a la vida religiosa, el examen de conciencia, el matrimonio y el amor de Dios.

La versión inglesa es la de Claud Field (1863–1941), hecha a partir de una traducción al indostaní y publicada en Londres en 1909.

Fuente: https://sacred-texts.com/isl/tah/index.htm

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Introducción

El conocimiento de uno mismo

El conocimiento de Dios

El conocimiento de este mundo

El conocimiento del otro mundo

Sobre la música y la danza como ayudas para la vida religiosa

Sobre el examen de conciencia y el recuerdo de Dios

El matrimonio como ayuda o impedimento para la vida religiosa

El amor de Dios

INTRODUCCIÓN

✦

Sabe, oh amado, que el hombre no fue creado en broma ni al azar, sino hecho de manera maravillosa y para algún gran fin. Aunque no es eterno desde el principio, vive para siempre; y aunque su cuerpo es vil y terrenal, su espíritu es elevado y divino.

Cuando en el crisol de la abstinencia es purificado de las pasiones carnales, alcanza lo más alto, y en lugar de ser esclavo de la lujuria y la ira, queda dotado de cualidades angélicas. Al alcanzar ese estado, encuentra su cielo en la contemplación de la Belleza Eterna, y ya no en los deleites carnales.

La alquimia espiritual que opera este cambio en él, como aquella que transmuta los metales viles en oro, no se descubre fácilmente ni se halla en la casa de cualquier anciana. Es para explicar esa alquimia y sus métodos de operación que el autor ha emprendido esta obra, la cual ha titulado La alquimia de la felicidad.

Ahora bien, los tesoros de Dios, en los cuales debe buscarse esta alquimia, son los corazones de los profetas, y quien la busque en otra parte quedará decepcionado y en bancarrota el día del juicio, cuando oiga las palabras: "Hemos quitado el velo de sobre ti, y tu vista hoy es aguda".

Dios ha enviado a la tierra a ciento veinticuatro mil profetas para enseñar a los hombres la receta de esta alquimia y cómo purificar sus corazones de las cualidades más bajas en el crisol de la abstinencia. Esta alquimia puede des-

cribirse brevemente como el apartarse del mundo hacia Dios, y sus componentes son cuatro:

1. El conocimiento de uno mismo.

2. El conocimiento de Dios.

3. El conocimiento de este mundo tal como es en realidad.

4. El conocimiento del otro mundo tal como es en realidad.

Procederemos ahora a exponer estos cuatro componentes en orden.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL CONOCIMIENTO DE UNO MISMO

✦

El conocimiento de uno mismo es la clave para el conocimiento de Dios, según el dicho: "Quien se conoce a sí mismo conoce a Dios", y como está escrito en el Corán: "Les mostraremos Nuestros signos en el mundo y en ellos mismos, para que la verdad se les haga manifiesta".

Ahora bien, nada está más cerca de ti que tú mismo, y si no te conoces a ti mismo, ¿cómo podrías conocer otra cosa? Si dices "Me conozco a mí mismo", refiriéndote a tu forma externa, cuerpo, rostro, miembros y demás, tal conocimiento nunca podrá ser la clave para el conocimiento de Dios.

Ni tampoco, si tu conocimiento sobre lo que hay en tu interior solo se extiende hasta el punto de que cuando tienes hambre comes, y cuando estás airado atacas a alguien, avanzarás más en este camino, pues las bestias son tus compañeras en esto.

Sino que el verdadero conocimiento de uno mismo consiste en saber lo siguiente: ¿Qué eres en ti mismo y de dónde has venido? ¿A dónde vas y con qué propósito has venido a morar aquí por un tiempo, y en qué consisten tu verdadera felicidad y miseria?

Algunas de tus atribuciones son las de los animales, algunas de los demonios y algunas de los ángeles, y tienes que descubrir cuáles de estos atributos son accidentales y cuáles esenciales. Hasta que no sepas esto, no podrás descubrir dónde reside tu verdadera felicidad.

La ocupación de los animales es comer, dormir y pelear; por consiguiente, si eres un animal, ocúpate en estas cosas. Los demonios se ocupan en suscitar la discordia, y en el engaño y la falsedad; si perteneces a ellos, haz su trabajo.

Los ángeles contemplan la belleza de Dios y están completamente libres de las cualidades animales; si eres de naturaleza angélica, entonces esfuérzate hacia tu origen, para que puedas conocer y contemplar al Altísimo y ser librado de la servidumbre de la lujuria y la ira.

También deberías descubrir por qué has sido creado con estos dos instintos animales: si para que te sometan y te lleven cautivo, o para que tú los sometas y, en tu progreso ascendente, hagas de uno tu corcel y del otro tu arma.

El primer paso hacia el conocimiento de uno mismo es saber que estás compuesto por una forma externa, llamada cuerpo, y una entidad interna llamada corazón, o alma. Por "corazón" no me refiero al trozo de carne situado a la izquierda de nuestro cuerpo, sino a aquello que utiliza todas las demás facultades como sus instrumentos y siervos.

En verdad no pertenece al mundo visible, sino al invisible, y ha venido a este mundo como un viajero visita un país extranjero por causa del comercio, y regresará dentro de poco a su patria. Es el conocimiento de esta entidad y de sus atributos lo que es la clave para el conocimiento de Dios.

Un hombre puede obtener alguna idea de la realidad del corazón, o espíritu, cerrando los ojos y olvidando todo a su alrededor excepto su individualidad. De este modo obtendrá también un atisbo de la naturaleza sin

fin de esa individualidad. No obstante, la indagación demasiado minuciosa sobre la esencia del espíritu está prohibida por la Ley.

En el Corán está escrito: "Te preguntarán acerca del espíritu. Di: 'El Espíritu viene por mandato de mi Señor'". Esto es cuanto se sabe de él: que es una esencia indivisible que pertenece al mundo de los decretos, y que no es eterno desde el principio, sino creado.

Un conocimiento filosófico exacto del espíritu no es un preliminar necesario para andar por el camino de la religión, sino que viene más bien como resultado de la autodisciplina y la perseverancia en ese camino, como se dice en el Corán: "A quienes se esfuerzan en Nuestro camino, en verdad los guiaremos por los caminos rectos".

Para llevar a cabo esta guerra espiritual mediante la cual se ha de obtener el conocimiento de uno mismo y de Dios, el cuerpo puede figurarse como un reino, el alma como su rey, y los diferentes sentidos y facultades como constituyentes de un ejército. La razón puede llamarse el visir o primer ministro, la pasión el recaudador de impuestos, y la ira el oficial de policía.

Bajo la apariencia de recaudar impuestos, la pasión es continuamente propensa a saquear por su propia cuenta, mientras que el resentimiento siempre está inclinado a la dureza y a la extrema severidad.

Ambos, el recaudador de impuestos y el oficial de policía, deben mantenerse en debida subordinación al rey, pero no ser matados ni expulsados, ya que tienen sus propias funciones adecuadas que cumplir. Pero si la pasión y el resentimiento dominan a la razón, la ruina del alma se produce indefectiblemente.

Un alma que permite que sus facultades inferiores dominen a las superiores es como quien entrega un ángel al poder de un perro o un musulmán a la tiranía de un infiel.

El cultivo de cualidades demoníacas, animales o angélicas da como resultado la producción de los caracteres correspondientes, que en el Día del Juicio se manifestarán en formas visibles: los sensuales apareciendo como cerdos, los feroces como perros y lobos, y los puros como ángeles.

El objetivo de la disciplina moral es purificar el corazón del herrumbre de la pasión y del resentimiento, hasta que, como un espejo limpio, refleje la luz de Dios.

Alguien podría objetar aquí: "Pero si el hombre ha sido creado con cualidades animales y demoníacas así como angélicas, ¿cómo hemos de saber que estas últimas constituyen su verdadera esencia, mientras que las primeras son meramente accidentales y transitorias?". A esto respondo que la esencia de cada criatura debe buscarse en lo que es más elevado en ella y propio de ella.

Así, el caballo y el asno son ambos animales de carga, pero la superioridad del caballo sobre el asno consiste en estar adaptado para el uso en la batalla. Si falla en esto, queda degradado al rango de los animales de carga. De manera similar ocurre con el hombre: la facultad más elevada en él es la razón, que lo capacita para la contemplación de Dios.

Si esta predomina en él, cuando muere deja atrás todas las tendencias a la pasión y al resentimiento y se vuelve capaz de asociarse con los ángeles. En lo que respecta a sus meras cualidades animales, el hombre es inferior a

muchos animales, pero la razón lo hace superior a ellos, como está escrito en el Corán: "Al hombre hemos sometido todas las cosas en la tierra".

Pero si sus tendencias inferiores han triunfado, después de la muerte estará siempre mirando hacia la tierra y anhelando los deleites terrenales.

⁂

Ahora bien, el alma racional en el hombre abunda en maravillas, tanto de conocimiento como de poder. Por medio de ella domina las artes y las ciencias, puede pasar en un instante de la tierra al cielo y regresar, puede trazar el mapa de los cielos y medir las distancias entre las estrellas.

Por ella también puede sacar los peces del mar y las aves del aire, y puede someter a su servicio a animales como el elefante, el camello y el caballo. Sus cinco sentidos son como cinco puertas que se abren al mundo externo; pero, más maravilloso que esto, su corazón tiene una ventana que se abre al mundo no visto de los espíritus.

En el estado de sueño, cuando las vías de los sentidos están cerradas, esta ventana se abre y el hombre recibe impresiones del mundo invisible y a veces presagios del futuro. Su corazón es entonces como un espejo que refleja lo que está representado en la Tabla del Destino.

Pero, incluso en el sueño, los pensamientos sobre las cosas mundanas empañan este espejo, de modo que las impresiones que recibe no son claras. Después de la muerte, sin embargo, tales pensamientos se desvanecen y las cosas se ven en su desnuda realidad, y se cumple lo dicho en el Corán: "Hemos quitado el velo de sobre ti y tu vista hoy es aguda".

Esta apertura de una ventana en el corazón hacia lo invisible también tiene lugar en condiciones cercanas a las de la inspiración profética, cuando las intuiciones brotan en la mente sin ser transmitidas por ningún canal sensorial. Cuanto más se purifique un hombre de las lujurias carnales y concentre su mente en Dios, más consciente será de tales intuiciones. Quienes no son conscientes de ellas no tienen derecho a negar su realidad.

Ni tampoco están tales intuiciones confinadas solo a aquellos de rango profético. Así como el hierro, mediante un pulido suficiente, puede convertirse en un espejo, así cualquier mente, mediante la debida disciplina, puede ser hecha receptiva a tales impresiones.

Fue a esta verdad a la que el Profeta aludió cuando dijo: "Todo niño nace con una predisposición hacia el Islam; luego sus padres hacen de él un judío, o un cristiano, o un adorador de las estrellas". Todo ser humano ha oído en lo profundo de su conciencia la pregunta "¿No soy yo vuestro Señor?" y ha respondido "Sí" a ella.

Pero algunos corazones son como espejos tan ensuciados con herrumbre y suciedad que no dan reflejos claros, mientras que los de los profetas y santos, aunque son hombres "de pasiones semejantes a las nuestras", son extremadamente sensibles a todas las impresiones divinas.

Tampoco es solo por razón del conocimiento adquirido e intuitivo que el alma del hombre ocupa el primer rango entre las cosas creadas, sino también por razón del poder. Así como los ángeles presiden los elementos, así el alma gobierna los miembros del cuerpo. Aquellas almas que alcanzan un grado especial de poder no solo gobiernan su propio cuerpo sino también el de los demás.

Si desean que un enfermo se recupere, se recupera, o que una persona con salud enferme, enferma, o si quieren la presencia de una persona, esta viene a ellos. Según los efectos producidos por estas almas poderosas sean buenos o malos, se denominan milagros o brujerías.

Estas almas se diferencian de la gente común de tres maneras: (1) lo que otros solo ven en sueños, ellos lo ven en sus momentos de vigilia; (2) mientras que la voluntad de otros solo afecta a sus propios cuerpos, estas, mediante la fuerza de la voluntad, pueden mover cuerpos ajenos a ellas mismas; (3) el conocimiento que otros adquieren mediante un aprendizaje laborioso les llega a ellas por intuición.

Estas tres, por supuesto, no son las únicas marcas que las diferencian de la gente común, sino las únicas que están al alcance de nuestro conocimiento. Así como nadie conoce la verdadera naturaleza de Dios sino Dios mismo, así nadie conoce la verdadera naturaleza de un profeta sino un profeta.

Ni hay de qué maravillarse por esto, pues en las cuestiones cotidianas vemos que es imposible explicar el encanto de la poesía a alguien cuyo oído es insensible a la cadencia y al ritmo, o las glorias del color a quien es enteramente ciego. Además de la mera incapacidad, existen otros obstáculos para la consecución de la verdad espiritual.

Uno de ellos es el conocimiento adquirido externamente. Para usar una figura, el corazón puede representarse como un pozo, y los cinco sentidos como cinco corrientes que continuamente le llevan agua.

Con el fin de descubrir el verdadero contenido del corazón, estas corrientes deben detenerse por un tiempo, al menos, y los deshechos que han traído

consigo deben ser limpiados del pozo.

En otras palabras, si hemos de llegar a la pura verdad espiritual, debemos apartar, por un tiempo, el conocimiento que ha sido adquirido por procesos externos y que con demasiada frecuencia se endurece en prejuicio dogmático.

⁂

Un error de tipo opuesto es cometido por gente superficial que, repitiendo como un eco algunas frases que ha captado de maestros sufíes, anda por ahí desacreditando todo conocimiento. Esto es como si una persona que no fuera experta en alquimia anduviera diciendo: "La alquimia es mejor que el oro", y rechazara el oro cuando se le ofreciera.

La alquimia es mejor que el oro, pero los verdaderos alquimistas son muy raros, y también lo son los verdaderos sufíes. Quien tiene un mero barniz de sufismo no es superior a un hombre sabio, más de lo que quien ha intentado unos pocos experimentos en alquimia tiene motivos para despreciar a un hombre rico.

Cualquiera que examine el asunto verá que la felicidad está necesariamente vinculada al conocimiento de Dios. Cada una de nuestras facultades se deleita en aquello para lo que fue creada: la lujuria se deleita en cumplir el deseo, la ira en tomar venganza, el ojo en ver objetos hermosos, y el oído en escuchar sonidos armoniosos.

La función más elevada del alma del hombre es la percepción de la verdad; en esto, por lo tanto, encuentra su deleite especial. Incluso en asuntos de

poca importancia, como aprender ajedrez, esto se cumple, y cuanto más elevado es el tema del conocimiento obtenido, mayor es el deleite.

Un hombre se alegraría de ser admitido en la confianza de un primer ministro, ¡pero cuánto más si el rey lo convierte en su íntimo y le revela secretos de estado!

Un astrónomo que, por su conocimiento, puede trazar el mapa de las estrellas y describir sus cursos, deriva más placer de su conocimiento que el jugador de ajedrez del suyo. Viendo, pues, que nada es más elevado que Dios, ¡cuán grande debe ser el deleite que brota del verdadero conocimiento de Él!

Una persona en quien el deseo de este conocimiento ha desaparecido es como alguien que ha perdido el apetito por la comida sana, o que prefiere alimentarse de arcilla antes que comer pan. Todos los apetitos corporales perecen en la muerte con los órganos que utilizan, pero el alma no muere, y conserva cualquier conocimiento de Dios que posea; más aún, lo aumenta.

Una parte importante de nuestro conocimiento de Dios surge del estudio y la contemplación de nuestros propios cuerpos, los cuales nos revelan el poder, la sabiduría y el amor del Creador.

Su poder, en que de una mera gota ha construido la maravillosa estructura del hombre; su sabiduría se revela en sus intrincaciones y en la adaptabilidad mutua de sus partes; y su amor se muestra al no solo suministrar los órganos que son absolutamente necesarios para la existencia, como el hígado, el corazón y el cerebro, sino aquellos que no son absolutamente necesarios, como la mano, el pie, la lengua y el ojo.

A estos ha añadido, como adornos, lo negro del cabello, lo rojo de los labios y la curva de las cejas.

El hombre ha sido denominado con razón un "microcosmos", o un pequeño mundo en sí mismo, y la estructura de su cuerpo debería ser estudiada no solo por aquellos que desean convertirse en médicos, sino por aquellos que desean alcanzar un conocimiento más íntimo de Dios, así como el estudio atento de los detalles y matices del lenguaje en un gran poema nos revela cada vez más el genio de su autor.

Pero, dicho todo esto, el conocimiento del alma desempeña un papel más importante al conducir al conocimiento de Dios que el conocimiento de nuestro cuerpo y sus funciones. El cuerpo puede compararse a un corcel y el alma a su jinete; el cuerpo fue creado para el alma, el alma para el cuerpo. Si un hombre no conoce su propia alma, que es lo más cercano a él, ¿de qué sirve que afirme conocer a los demás? Es como si un mendigo que no tiene con qué pagar una comida afirmara ser capaz de alimentar a una ciudad.

En este capítulo hemos intentado, en algún grado, exponer la grandeza del alma del hombre. Quien la descuida y permite que sus capacidades se oxiden o se degeneren debe necesariamente ser el perdedor en este mundo y en el otro.

La verdadera grandeza del hombre reside en su capacidad para el progreso eterno; de lo contrario, en esta esfera temporal es la más débil de todas las cosas, estando sujeto al hambre, la sed, el calor, el frío y la tristeza.

Aquellas cosas en las que más se deleita son con frecuencia las más perjudiciales para él, y aquellas cosas que lo benefician no se obtienen sin trabajo y

fatiga.

En cuanto a su intelecto, un leve desorden de la materia en su cerebro es suficiente para destruirlo o enloquecerlo; en cuanto a su poder, la picadura de una avispa es suficiente para privarlo del sosiego y del sueño; en cuanto a su carácter, se altera por la pérdida de un penique; en cuanto a su belleza, es poco más que materia náusea cubierta de una piel hermosa. Sin un lavado frecuente se vuelve completamente repulsivo y vergonzoso.

En verdad, el hombre en este mundo es extremadamente débil y despreciable; solo en el próximo será de valor si, mediante la "alquimia de la felicidad", se eleva del rango de las bestias al de los ángeles. De lo contrario, su condición será peor que la de los brutos, que perecen y se convierten en polvo.

Es necesario para él, al mismo tiempo que es consciente de su superioridad como la cúspide de las cosas creadas, aprender a conocer también su impotencia, ya que eso también es una de las claves para el conocimiento de Dios.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

✦

Es un dicho bien conocido del Profeta que "Quien se conoce a sí mismo, conoce a Dios"; es decir, mediante la contemplación de su propio ser y atributos, el hombre llega a algún conocimiento de Dios. Pero dado que muchos de los que se contemplan a sí mismos no encuentran a Dios, se sigue que debe haber una forma especial de hacerlo.

De hecho, hay dos métodos para llegar a este conocimiento, pero uno es tan abstruso que no se adapta a las inteligencias ordinarias y, por lo tanto, es mejor dejarlo sin explicar.

El otro método es el siguiente: Cuando un hombre se considera a sí mismo, sabe que hubo un tiempo en que no existía, como está escrito en el Corán: "¿No se le ocurre al hombre que hubo un tiempo en que no era nada?". Además, sabe que fue hecho de una gota de agua en la que no había ni intelecto, ni oído, ni vista, ni cabeza, ni manos, ni pies, etc.

De esto es evidente que, sea cual sea el grado de perfección al que haya llegado, él no se hizo a sí mismo, ni puede hacer ahora un solo cabello.

¡Cuánto más impotente, pues, era su condición cuando era una mera gota de agua! Así, como hemos visto en el primer capítulo, encuentra en su propio ser reflejados en miniatura, por así decirlo, el poder, la sabiduría y el amor del Creador. Si todos los sabios del mundo se reunieran y se prolongaran sus vidas por un tiempo indefinido, no podrían efectuar ninguna mejora en la construcción de una sola parte del cuerpo.

Por ejemplo, en la adaptación de los dientes frontales y laterales a la masticación de los alimentos, y en la construcción de la lengua, las glándulas salivales y la garganta para su deglución, encontramos un mecanismo que no se puede mejorar. De manera similar, quien considere su mano, con sus cinco dedos de longitudes desiguales, cuatro de ellos con tres articulaciones y el pulgar con solo dos, y la manera en que se puede usar para agarrar, o para llevar, o para golpear, reconocerá francamente que ninguna cantidad de sabiduría humana podría mejorarla alterando el número y la disposición de los dedos, o de cualquier otra manera.

Cuando el hombre considera además cómo sus diversas necesidades de alimento, alojamiento, etc., son abundantemente provistas desde el almacén de la creación, se da cuenta de que la misericordia de Dios es tan grande como Su poder y sabiduría, como Él mismo ha dicho: "Mi misericordia es mayor que Mi ira", y según el dicho del Profeta: "Dios es más tierno con Sus siervos que una madre con su hijo lactante".

Así, a partir de su propia creación el hombre llega a conocer la existencia de Dios, a partir de las maravillas de su estructura corporal el poder y la sabiduría de Dios, y a partir de la abundante provisión hecha para sus diversas necesidades el amor de Dios. De este modo, el conocimiento de uno mismo se convierte en una clave para el conocimiento de Dios.

No solo los atributos del hombre son un reflejo de los atributos de Dios, sino que el modo de existencia del alma del hombre ofrece alguna comprensión sobre el modo de existencia de Dios.

Es decir, tanto Dios como el alma son invisibles, indivisibles, no limitados por el espacio y el tiempo, y están fuera de las categorías de cantidad y cali-

dad; ni pueden unirse a ellos las ideas de forma, color o tamaño.

A la gente le resulta difícil formarse una concepción de realidades que carecen de calidad y cantidad, etc., pero una dificultad similar se aplica a la concepción de nuestros sentimientos cotidianos, como la ira, el dolor, el placer o el amor.

Son conceptos del pensamiento y no pueden ser percibidos por los sentidos; mientras que la calidad, la cantidad, etc., son conceptos sensoriales. Así como el oído no puede percibir el color, ni el ojo el sonido, así, al concebir las realidades últimas, Dios y el alma, nos encontramos en una región en la que los conceptos sensoriales no pueden tener cabida.

No obstante, podemos ver que, así como Dios es Gobernante del universo y, estando Él mismo más allá del espacio y del tiempo, de la cantidad y la calidad, gobierna las cosas que están condicionadas por ellos, así el alma gobierna el cuerpo y sus miembros, siendo ella misma invisible, indivisible y no ubicada en ninguna parte especial.

Pues ¿cómo puede lo indivisible estar ubicado en lo que es divisible? De todo esto vemos cuán verdadero es el dicho del Profeta: "Dios creó al hombre a Su propia imagen".

Y, así como llegamos a algún conocimiento de la esencia y los atributos de Dios a partir de la contemplación de la esencia y los atributos del alma, así llegamos a comprender el método de trabajo y gobierno de Dios y la delegación de poder a las fuerzas angélicas, etc., al observar cómo cada uno de nosotros gobierna su propio pequeño reino.

Para tomar un caso sencillo: supóngase que un hombre desea escribir el nombre de Dios. En primer lugar, el deseo se concibe en su corazón, luego se transmite al cerebro por los espíritus vitales, la forma de la palabra "Dios" toma forma en las cámaras de pensamiento del cerebro, de allí viaja por los canales nerviosos y pone en movimiento los dedos, los cuales a su vez ponen en movimiento la pluma, y así el nombre "Dios" es trazado en el papel exactamente como se había concebido en el cerebro del escritor.

De manera similar, cuando Dios quiere una cosa, esta aparece en el plano espiritual, que en el Corán se llama "El Trono"; desde el trono pasa, por una corriente espiritual, a un plano inferior llamado "La Silla"; luego la forma de esta aparece en la "Tabla del Destino"; de donde, por la mediación de las fuerzas llamadas "ángeles", asume actualidad y aparece en la tierra en forma de plantas, árboles y animales, representando la voluntad y el pensamiento de Dios, así como las letras escritas representan el deseo concebido en el corazón y la forma presente en el cerebro del escritor.

⁂

Nadie puede entender a un rey sino un rey; por lo tanto, Dios ha hecho a cada uno de nosotros un rey en 2. Al Kursi. miniatura, por así decirlo, sobre un reino que es una copia infinitamente reducida del Suyo.

En el reino del hombre, el "trono" de Dios está representado por el alma, el Arcángel por el corazón, "la silla" por el cerebro, "la tabla" por la cámara del tesoro del pensamiento. El alma, por sí misma no ubicada e indivisible, gobierna el cuerpo como Dios gobierna el universo.

En resumen, a cada uno de nosotros se le ha confiado un pequeño reino, y se le ha encargado no ser descuidado en la administración de este.

En cuanto al reconocimiento de la providencia de Dios, existen muchos grados de conocimiento. El mero físico es como una hormiga que, arrastrándose sobre una hoja de papel y observando cómo se extienden sobre ella letras negras, atribuyera la causa solo a la pluma.

El astrónomo es como una hormiga de visión algo más amplia que alcanzara a ver los dedos que mueven la pluma, es decir, sabe que los elementos están bajo el poder de las estrellas, pero no sabe que las estrellas están bajo el poder de los ángeles. Así, debido a los diferentes grados de percepción en las personas, deben surgir disputas al rastrear los efectos hasta sus causas.

Quienes nunca ven más allá del mundo de los fenómenos son como aquellos que confunden a los siervos del rango más bajo con el rey. Las leyes de los fenómenos deben ser constantes, o no podría existir tal cosa como la ciencia; pero es un gran error confundir a los esclavos con el amo.

Mientras exista esta diferencia en la facultad perceptiva de los observadores, las disputas deben continuar necesariamente. Es como si unos hombres ciegos, al oír que un elefante había llegado a su ciudad, fueran a examinarlo.

El único conocimiento de él que pueden obtener les llega a través del sentido del tacto: así uno palpa la pata del animal, otro su colmillo, otro su oreja y, según sus diversas percepciones, lo pronuncian como una columna, un poste grueso o una manta, tomando cada uno una parte por el todo.

Así, el físico y el astrónomo confunden las leyes que perciben con el Legislador.

Una equivocación similar se atribuye a Abraham en el Corán, donde se relata que se volvió sucesivamente a las estrellas, a la luna y al sol como objetos de su adoración, hasta que, al darse cuenta de Aquel que hizo todo esto, exclamó: "No amo a los que se ponen".

Tenemos un ejemplo común de esto de referir a causas segundas lo que debería referirse a la Causa Primera en el caso de la llamada enfermedad. Por ejemplo, si un hombre deja de tomar interés en las cuestiones mundanas, concibe un desamor por los placeres comunes y aparece sumido en la depresión, el médico dirá: "Este es un caso de melancolía y requiere tal o cual prescripción".

El físico dirá: "Esta es una sequedad del cerebro causada por el clima cálido y no puede aliviarse hasta que el aire se vuelva húmedo". El astrólogo lo atribuirá a alguna conjunción u oposición particular de planetas.

"Hasta ahí llega su sabiduría", dice el Corán. No se les ocurre que lo que realmente ha sucedido es esto: que el Todopoderoso tiene un interés por el bienestar de ese hombre y, por lo tanto, ha ordenado a Sus siervos, los planetas o los elementos, que produzcan tal condición en él para que se aparte del mundo hacia su Creador.

El conocimiento de este hecho es una perla lustrosa del océano del conocimiento inspirador, al cual todas las demás formas de conocimiento son como islas en el mar.

El médico, el físico y el astrólogo tienen sin duda razón cada uno en su rama particular del conocimiento, pero no ven que la enfermedad es, por así decirlo, un cordón de amor mediante el cual Dios atrae hacia Sí a los santos con respecto a los cuales ha dicho: "Estuve enfermo y no me visitasteis". La enfermedad misma es una de esas formas de experiencia mediante las cuales el hombre llega al conocimiento de Dios, como Él dice por boca de Su Profeta: "Las enfermedades mismas son Mis siervos y están unidas a Mis elegidos".

Las observaciones anteriores pueden permitirnos profundizar un poco más en el significado de esas exclamaciones que tan con frecuencia están en los labios de los Fieles: "Dios es santo", "Alabado sea Dios", "No hay más Dios que Dios", "Dios es grande".

Con respecto a esta última podemos decir que no significa que Dios sea más grande que la creación, pues la creación es Su manifestación como la luz manifiesta al sol, y no sería correcto decir que el sol es más grande que su propia luz.

Significa más bien que la grandeza de Dios trasciende inmensamente nuestras facultades cognitivas, y que solo podemos formarnos una idea muy tenue e imperfecta de ella.

Si un niño nos pide que le expliquemos el placer que existe en ejercer la soberanía, podemos decirle que es como el placer que siente al jugar al bate y la pelota, aunque en realidad los dos no tienen nada en común excepto que ambos entran en la categoría de placer.

Así, la exclamación "Dios es grande" significa que Su grandeza supera con creces todos nuestros poderes de comprensión. Además, tal conocimiento imperfecto de Dios como el que podemos alcanzar no es un mero conocimiento especulativo, sino que debe ir acompañado de devoción y adoración.

Cuando un hombre muere, solo tiene que véraselas con Dios, y si tenemos que vivir con una persona, nuestra felicidad depende enteramente del grado de afecto que sintamos por ella. El amor es la semilla de la felicidad, y el amor a Dios se fomenta y desarrolla mediante la adoración.

Tal adoración y constante recuerdo de Dios implica un cierto grado de austeridad y de contención de los apetitos corporales. No es que se pretenda que el hombre los abola por completo, pues entonces la raza humana perecería.

Sino que deben fijarse límites estrictos a su indulgencia, y como el hombre no es el mejor juez en su propio caso sobre cuáles deberían ser estos límites, es mejor que consulte a algún guía espiritual sobre el asunto.

Tales guías espirituales son los profetas, y las leyes que han establecido bajo la inspiración divina prescriben los límites que deben observarse en estas materias. Quien transgrede estos límites "hace un mal a su propia alma", como está escrito en el Corán.

⁂

A pesar de este claro pronunciamiento del Corán, hay quienes, por su ignorancia de Dios, transgreden estos límites, y esta ignorancia puede deberse a varias causas diferentes: En primer lugar, hay algunos que, al no en-

contrar a Dios mediante la observación, concluyen que no hay Dios y que este mundo de maravillas se hizo a sí mismo o ha existido desde siempre.

Son como un hombre que, viendo una carta bellamente escrita, supusiera que se había escrito a sí misma sin un escritor, o que siempre había existido. Las personas en este estado mental están tan extraviadas en el error que de poco sirve razonar con ellas. Tales son algunos de los físicos y astrónomos a los que nos referimos anteriormente.

Algunos, por ignorancia de la verdadera naturaleza del alma, repudian la doctrina de una vida futura en la que el hombre será llamado a rendir cuentas y será recompensado o castigado. Se consideran a sí mismos no mejores que animales o vegetales, e igualmente perecederos. Algunos, por otro lado, creen en Dios y en una vida futura, pero con una creencia débil.

Se dicen a sí mismos: "Dios es grande e independiente de nosotros; nuestra adoración o abstención de adoración es un asunto de entera indiferencia para Él". Su estado mental es como el de un hombre enfermo que, cuando su médico le prescribe un cierto régimen, dijera: "Bueno, si lo sigo o no lo sigo, ¿qué le importa al médico?".

Ciertamente no le importa al médico, pero el paciente puede destruirse a sí mismo por su desobediencia. Tan seguidamente como una enfermedad corporal no controlada termina en la muerte corporal, así una enfermedad del alma no curada termina en la miseria futura, según el dicho del Corán: "Solo se salvarán aquellos que vengan a Dios con un corazón sano".

Un cuarto tipo de incrédulos son los que dicen: "La Ley nos dice que nos abstengamos de la ira, la lujuria y la hipocresía. Esto es claramente imposi-

ble, porque el hombre es creado con estas cualidades inherentes a él. Igualmente podrías decirnos que hagamos blanco lo negro".

Estas personas insensatas ignoran el hecho de que la ley no nos dice que desarraiguemos estas pasiones, sino que las refrenemos dentro de los límites debidos, para que, evitando los pecados mayores, podamos obtener el perdón de los menores.

Incluso el Profeta de Dios dijo: "Soy un hombre como vosotros, y me enojo como los demás"; y en el Corán está escrito: "Dios ama a los que se tragan su ira", no a los que no tienen ira en absoluto.

Una quinta clase pone el acento en la beneficencia de Dios e ignora Su justicia, diciéndose a sí mismos: "Bueno, hagamos lo que hagamos, Dios es misericordioso". No consideran que, aunque Dios es misericordioso, miles de seres humanos perecen miserablemente de hambre y enfermedad.

Saben que quien desee un sustento, o riqueza, o aprendizaje, no debe decir simplemente "Dios es misericordioso", sino que debe esforzarse. Aunque el Corán dice: "El sustento de toda criatura viviente proviene de Dios", también está escrito: "El hombre no obtiene nada excepto mediante el esfuerzo".

El hecho es que tal enseñanza proviene realmente del diablo, y tales personas solo hablan con sus labios y no con su corazón.

Una sexta clase afirma haber alcanzado tal grado de santidad que el pecado no puede afectarla. No obstante, si tratas a uno de ellos con falta de respeto, te guardará rencor durante años, y si a uno de ellos se le priva de un

bocado de comida que considera que le corresponde, todo el mundo le parecerá oscuro y estrecho.

Incluso si alguno de ellos realmente conquista sus pasiones, no tiene derecho a hacer tal afirmación, pues los profetas, lo más elevado de la humanidad, confesaban y lamentaban constantemente sus pecados.

Algunos de ellos tenían tal temor al pecado que incluso se abstenían de cosas lícitas; así, se relata del Profeta que, un día, habiéndosele traído un dátil, no lo comió por no estar seguro de si había sido obtenido lícitamente.

Mientras que estos libertinos se tragarán galones de vino y afirmarán (estremezco al escribirlo) ser superiores al Profeta cuya santidad se vio en peligro por un dátil, ¡mientras que la de ellos no se ve afectada por todo ese vino! Ciertamente merecen que el diablo los arrastre a la perdición.

Los verdaderos santos saben que quien no domina sus apetitos no merece el nombre de hombre, y que el verdadero musulmán es aquel que reconoce alegremente los límites impuestos por la Ley. Quien intenta, bajo cualquier pretexto, ignorar sus obligaciones, está ciertamente bajo influencia satánica, y se le debe hablar no con una pluma, sino con una espada.

Estos seudomísticos a veces pretenden estar ahogados en un mar de maravilla, pero si les preguntas de qué se maravillan, no lo saben. Se les debería decir que se maravillen todo lo que quieran, pero al mismo tiempo que recuerden que el Todopoderoso es su Creador y que ellos son Sus siervos.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL CONOCIMIENTO DE ESTE MUNDO

✦

Este mundo es un escenario o mercado por el que pasan los peregrinos en su camino hacia el otro. Es aquí donde deben abastecerse de provisiones para el camino; o, para decirlo claramente, el hombre adquiere aquí, mediante el uso de sus sentidos corporales, cierto conocimiento de las obras de Dios y, a través de ellas, de Dios mismo, cuya visión constituirá su bienaventuranza futura.

Es para la adquisición de este conocimiento que el espíritu del hombre ha descendido a este mundo de agua y barro. Mientras sus sentidos permanecen con él, se dice que está "en este mundo"; cuando estos parten y solo quedan sus atributos esenciales, se dice que se ha ido al "otro mundo".

Mientras el hombre está en este mundo, dos cosas le son necesarias: primero, la protección y el sustento de su alma; segundo, el cuidado y la nutrición de su cuerpo. El verdadero alimento del alma, como se ha mostrado arriba, es el conocimiento y el amor de Dios, y estar absorbido en el amor de cualquier cosa que no sea Dios es la ruina del alma.

El cuerpo, por decirlo así, es simplemente la montura del alma, y perece mientras el alma perdura. El alma debe cuidar del cuerpo, tal como un peregrino en su camino a La Meca cuida de su camello; pero si el peregrino pasa todo su tiempo alimentando y adornando a su camello, la caravana lo dejará atrás y perecerá en el desierto.

Las necesidades corporales del hombre son sencillas y se comprenden en tres apartados: alimento, vestido y morada; pero los deseos corporales que le fueron implantados con el fin de procurar estos tienden a rebelarse contra la razón, la cual es de desarrollo posterior a ellos. En consecuencia, como vimos arriba, requieren ser refrenados y restringidos por las leyes divinas promulgadas por los profetas.

Considerando el mundo con el que tenemos que tratar por un tiempo, lo encontramos dividido en tres reinos: animal, vegetal y mineral. El hombre necesita continuamente los productos de los tres, los cuales han dado lugar a tres ocupaciones principales: las del tejedor, el constructor y el trabajador del metal.

Estas, a su vez, tienen muchas ramas subordinadas, tales como sastres, albañiles, herreros, etc. Nadie puede ser del todo independiente de los demás; esto da origen a diversas conexiones y relaciones comerciales, y estas con demasiada frecuencia ofrecen ocasiones para el odio, la envidia, los celos y otras enfermedades del alma.

De ahí provienen las disputas y contiendas, y la necesidad del gobierno político y civil y del conocimiento del derecho.

Así, las ocupaciones y negocios del mundo se han vuelto cada vez más complicados y problemáticos, debido principalmente a que los hombres han olvidado que sus verdaderas necesidades son solo tres: vestido, alimento y refugio, y que estas existen solo con el propósito de hacer del cuerpo un vehículo adecuado para el alma en su viaje hacia el otro mundo.

Han caído en el mismo error que el peregrino a La Meca antes mencionado, quien, olvidando el objeto de su peregrinación y a sí mismo, pasara todo su tiempo alimentando y adornando a su camello.

A menos que el hombre mantenga la más estricta vigilancia, es seguro que será fascinado y enredado por el mundo, el cual, como dijo el Profeta, es "un hechicero más potente que Harut y Marut".

El carácter engañoso del mundo se manifiesta de las siguientes maneras. En primer lugar, finge que siempre permanecerá contigo, mientras que, en realidad, se está escurriendo de ti momento a momento y despidiéndose, como una sombra que parece estacionaria, pero que en verdad siempre se está moviendo.

Además, el mundo se presenta bajo la apariencia de una hechicera radiante pero inmoral, pretende estar enamorada de ti, te acaricia y luego se va con tus enemigos, dejándote morir de pesadumbre y desesperación. Jesús (¡la paz sea con él!) vio al mundo revelado en forma de una bruja vieja y fea. Le preguntó cuántos esposos había tenido; ella respondió que eran incontables.

Le preguntó si habían muerto o se habían divorciado; ella dijo que los había matado a todos. "Me maravillo", dijo él, "de los necios que ven lo que has hecho a otros y todavía te desean".

Esta hechicera se engalana con ropajes suntuosos y enjoyados y se cubre el rostro con un velo. Luego sale a seducir a los hombres, de los cuales demasiados la siguen para su propia destrucción. El Profeta ha dicho que en el

Día del Juicio el mundo aparecerá en forma de una bruja espantosa con ojos verdes y dientes salientes.

Los hombres, al contemplarla, dirán: "¡Misericordia de nosotros! ¿Quién es esta?". Los ángeles responderán: "Este es el mundo por cuya causa disputasteis, luchasteis y os amargasteis la vida unos a otros". Luego será arrojada al infierno, desde donde clamará: "¡Oh Señor! ¿Dónde están aquellos, mis antiguos amantes?". Dios ordenará entonces que sean arrojados tras ella.

Quien contemple seriamente la eternidad pasada durante la cual el mundo no existía, y la eternidad futura durante la cual no existirá, verá que es esencialmente como un viaje, en el que las etapas están representadas por años, las leguas por meses, las millas por días y los pasos por momentos. ¡Qué palabras, pues, pueden retratar la necedad del hombre que se esfuerza por hacer de él su morada permanente y hace planes con diez años de antelación respecto a cosas que quizás nunca necesite, viendo que muy posiblemente estará bajo tierra en diez días!

⁂

Aquellos que se han entregado sin límite a los placeres del mundo, al momento de la muerte serán como un hombre que se ha atiborrado hasta el hartazgo de manjares deliciosos y luego los vomita. La delicadeza ha desaparecido, pero la deshonra permanece.

Cuanto mayor sea la abundancia de las posesiones que han disfrutado en forma de jardines, esclavos y esclavas, oro, plata, etc., más intensamente sentirán la amargura de separarse de ellas. Esta es una amargura que sobrevivirá a la muerte, pues el alma que ha contraído la codicia como un hábito

fijo sufrirá necesariamente en el otro mundo las punzadas del deseo insatisfecho.

Otra propiedad peligrosa de las cosas mundanas es que al principio aparecen como meras minucias, pero cada una de estas llamadas "minucias" se ramifica en incontables ramificaciones hasta tragar todo el tiempo y la energía del hombre.

Jesús (¡con quien sea la paz!) dijo: "El amante del mundo es como un hombre que bebe agua de mar; cuanto más bebe, más sediento se pone, hasta que al fin perece con la sed no saciada". El Profeta dijo: "No puedes relacionarte con el mundo sin ser contaminado por él más de lo que puedes entrar en el agua sin mojarte".

El mundo es como una mesa servida para sucesivos turnos de invitados que van y vienen. Hay platos de oro y plata, abundancia de comida y perfumes. El invitado sabio come lo suficiente para él, huele los perfumes, agradece a su anfitrión y se retira. El invitado necio, por el contrario, intenta llevarse algunos de los platos de oro y plata, solo para encontrarse con que se los arrancan de las manos y él mismo es expulsado, decepcionado y deshonrado.

Podemos cerrar estas ilustraciones del engaño del mundo con la siguiente parábola corta. Supongamos que un barco llega a cierta isla muy arbolada. El capitán del barco dice a los pasajeros que se detendrá allí unas pocas horas y que pueden ir a tierra por poco tiempo, pero les advierte que no se demoren demasiado.

En consecuencia, los pasajeros desembarcan y pasean en diferentes direcciones. Los más sabios, sin embargo, regresan después de un corto tiempo y, al encontrar el barco vacío, eligen los lugares más cómodos en él. Un segundo grupo de pasajeros pasa un tiempo algo más largo en la isla, admirando el follaje de los árboles y escuchando el canto de las aves.

Al subir a bordo, encuentran los mejores lugares del barco ya ocupados, y tienen que contentarse con los menos cómodos. Un tercer grupo se aleja aún más y, al encontrar algunas piedras de brillantes colores, las llevan de regreso al barco.

Su tardanza en subir a bordo los obliga a acomodarse en las partes inferiores del barco, donde su carga de piedras, que para ese momento ha perdido todo su brillo, les resulta de gran estorbo. El último grupo va tan lejos en sus vagabundeos que queda totalmente fuera del alcance de la voz del capitán que los llama a subir a bordo, y finalmente este tiene que zarpar sin ellos.

Vagan en una condición desesperada y finalmente perecen de hambre o caen presa de las bestias salvajes.

El primer grupo representa a los fieles que se mantienen totalmente apartados del mundo, y el último grupo a los infieles a quienes solo les importa este mundo y nada el otro. Las dos clases intermedias son aquellas que conservan su fe, pero se enredan más o menos con las vanidades de las cosas presentes.

Aunque hemos dicho tanto en contra del mundo, debe recordarse que hay algunas cosas en el mundo que no son de él, tales como el conocimiento y

las buenas acciones. El hombre lleva consigo al otro mundo el conocimiento que posee y, aunque sus buenas acciones hayan pasado, el efecto de ellas permanece en su carácter.

Este es especialmente el caso de los actos de devoción, que dan como resultado el recuerdo y el amor perpetuos de Dios. Estos se encuentran entre "aquellas cosas buenas" que, como dice el Corán, "no pasan".

Hay otras cosas buenas en el mundo, como el matrimonio, el alimento, el vestido, etc., que el hombre sabio usa en la justa medida en que le ayudan a alcanzar el otro mundo. Otras cosas, que acaparan la mente, haciendo que se apegue a este mundo y se descuide del otro, son puramente malas y fueron aludidas por el Profeta cuando dijo: "El mundo es una maldición, y todo lo que hay en él es una maldición, excepto el recuerdo de Dios y lo que lo ayuda".

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL CONOCIMIENTO DEL OTRO MUNDO

✦

En lo que respecta a los gozos del cielo y los dolores del infierno que seguirán a esta vida, todos los creyentes en el Corán y las Tradiciones están suficientemente informados.

Pero con frecuencia se les escapa que también hay un cielo y un infierno espirituales, sobre el primero de los cuales Dios dijo a su Profeta: "Ojo no vio, ni oído oyó, ni ha entrado en el corazón del hombre concebir las cosas que están preparadas para los justos".

En el corazón del hombre iluminado hay una ventana abierta a las realidades del mundo espiritual, de modo que sabe, no por oídas o creencia tradicional, sino por experiencia real, lo que produce desdicha o felicidad en el alma de manera tan clara y decidida como el médico sabe lo que produce enfermedad o salud en el cuerpo.

Reconoce que el conocimiento de Dios y la adoración son medicinales, y que la ignorancia y el pecado son venenos mortales para el alma. Muchos hombres incluso de los llamados "eruditos", por seguir ciegamente las opiniones de otros, no tienen verdadera certeza en sus creencias sobre la felicidad o la miseria de las almas en el otro mundo, pero quien atienda a este asunto con una mente libre de prejuicios llegará a convicciones claras sobre esta materia.

El efecto de la muerte en la naturaleza compuesta del hombre es el siguiente: el hombre tiene dos almas, un alma animal y un alma espiritual, siendo esta última de naturaleza angélica.

La sede del alma animal es el corazón, del cual esta alma emana como un vapor sutil y se difunde por todos los miembros del cuerpo, dando el poder de la vista al ojo, el poder del oído al oído, y a cada miembro la facultad de desempeñarse en sus funciones apropiadas.

Puede compararse a una lámpara que se lleva dentro de una cabaña, cuya luz cae sobre las paredes por dondequiera que va. El corazón es la mecha de esta lámpara, y cuando el suministro de aceite se corta por cualquier motivo, la lámpara se apaga. Tal es la muerte del alma animal. Con el alma espiritual o humana, el caso es diferente.

Es indivisible, y por ella el hombre conoce a Dios. Es, por decirlo así, el jinete del alma animal, y cuando esta perece, aquella aún permanece, pero es como un jinete que ha sido desmontado o como un cazador que ha perdido sus armas.

Ese corcel y esas armas le fueron concedidos al alma humana para que por medio de ellos pudiera perseguir y capturar el Fénix del amor y el conocimiento de Dios. Si ha efectuado esa captura, no es una pena sino más bien un alivio poder dejar esas armas a un lado y desmontar de ese fatigado corcel.

Por tanto, el Profeta dijo: "La muerte es un regalo de bienvenida de Dios para el creyente". ¡Pero ay de aquella alma que pierde su corcel y sus armas

de caza antes de haber capturado la presa! Su miseria y su pesar serán indescriptibles.

Una consideración un poco más profunda mostrará cuán enteramente distinta es el alma humana del cuerpo y sus miembros. Miembro tras miembro puede paralizarse y dejar de funcionar, pero la individualidad del alma permanece ilesa.

Además, el cuerpo que tienes ahora ya no es el cuerpo que tenías de niño, sino uno enteramente diferente, y sin embargo tu personalidad ahora es idéntica a tu personalidad de entonces.

Por consiguiente, es fácil concebir que persista cuando se prescinde del cuerpo por completo, junto con sus atributos esenciales que eran independientes del cuerpo, tales como el conocimiento y el amor de Dios. Este es el significado de aquel dicho del Corán: "Las cosas buenas perduran".

Pero si, en lugar de llevar contigo conocimiento, partes en la ignorancia de Dios, esta ignorancia también es un atributo esencial, y perdurará como oscuridad del alma y semilla de miseria. Por eso el Corán dice: "Quien esté ciego en esta vida, estará ciego en la otra vida, y extraviado del camino".

La razón de que el espíritu humano busque regresar a ese mundo superior es que su origen proviene de allí y que es de naturaleza angélica. Fue enviado a esta esfera inferior en contra de su voluntad para adquirir conocimiento y experiencia, como dijo Dios en el Corán: "Descended de aquí, todos vosotros; os llegará de Mí una instrucción, y quienes obedezcan la instrucción no tienen por qué temer, ni serán afligidos".

El verso: "Soplé en el hombre de Mi espíritu", también señala el origen celestial del alma humana. Así como la salud del alma animal consiste en el equilibrio de sus partes componentes, y este equilibrio se restaura, cuando se altera, mediante la medicina apropiada, así la salud del alma humana consiste en un equilibrio moral que se mantiene y repara, cuando es necesario, mediante la instrucción ética y los preceptos morales.

En cuanto a su existencia futura, ya hemos visto que el alma humana es esencialmente independiente del cuerpo. Todas las objeciones a su existencia después de la muerte basadas en la supuesta necesidad de recuperar su cuerpo anterior caen, por tanto, por su propio peso.

Algunos teólogos han supuesto que el alma humana se aniquila después de la muerte y luego es restaurada, pero esto es contrario tanto a la razón como al Corán.

La primera nos muestra que la muerte no destruye la individualidad esencial del hombre, y el Corán dice: "No penséis que los que son caídos en el camino de Dios están muertos; antes bien, están vivos, regocijándose en la presencia de su Señor y en la gracia que les ha sido concedida".

Ni una sola palabra se dice en la Ley sobre que ninguno de los muertos, bueno o malo, sea aniquilado. Más bien, se dice que el Profeta interrogó a los espíritus de los infieles caídos sobre si habían encontrado reales o no los castigos con los que los había amenazado.

Cuando sus seguidores le preguntaron de qué servía interrogarlos, él respondió: "Ellos oyen mis palabras mejor que vosotros".

A algunos sufíes se les ha revelado el mundo no visto del cielo y el infierno cuando estaban en un estado de trance semejante a la muerte. Al recobrar la conciencia, sus rostros revelan la naturaleza de las revelaciones que han tenido mediante señales de gozo o de terror.

Pero no son necesarias visiones para demostrar lo que le ocurrirá a todo hombre pensante: que cuando la muerte lo haya despojado de sus sentidos y no le haya dejado nada más que su nuda personalidad, si mientras estuvo en la tierra se apegó demasiado a objetos percibidos por los sentidos, tales como esposas, hijos, riquezas, tierras, esclavos y esclavas, etc., necesariamente sufrirá al verse privado de esos objetos.

Mientras que, por el contrario, si ha vuelto la espalda en la medida de lo posible a todos los objetos terrenales y ha fijado su afecto supremo en Dios, dará la bienvenida a la muerte como un medio de escape de los enredos mundanos y de unión con Aquel a quien ama. En su caso se verificarán los dichos del Profeta:

"La muerte es un puente que une al amigo con el amigo", y "El mundo es un paraíso para los infieles, pero una prisión para los fieles".

⁂

Por otra parte, los dolores que sufren las almas después de la muerte tienen todos su origen en el amor excesivo al mundo. El Profeta dijo que todo incrédulo, después de la muerte, será atormentado por noventa y nueve serpientes, cada una con nueve cabezas.

Algunas personas de mente sencilla han examinado las tumbas de los incrédulos y se han sorprendido de no ver estas serpientes. No entienden que

estas serpientes tienen su morada dentro del espíritu del incrédulo, y que existían en él incluso antes de morir, pues eran sus propias cualidades malvadas simbolizadas, tales como la envidia, el odio, la hipocresía, el orgullo, el engaño, etc., cada una de las cuales brota, directa o remotamente, del amor al mundo.

Tal es la condena de aquellos que, en palabras del Corán, "ponen su corazón en este mundo antes que en el otro". Si esas serpientes fueran meramente externas, podrían esperar escapar de su tormento, aunque solo fuera por un momento; pero, siendo sus propios atributos inherentes, ¿cómo pueden escapar?

Tomemos, por ejemplo, el caso de un hombre que ha vendido a una joven esclava sin saber cuán apegado estaba a ella hasta que está completamente fuera de su alcance.

Entonces el amor por ella, hasta entonces adormecido, se despierta en él con tal intensidad que llega a ser una tortura, picándolo como una serpiente, de modo que de buena gana se arrojaría al fuego o al agua para escapar de ella.

Tal es el efecto del amor al mundo, que quienes lo tienen con frecuencia no sospechan hasta que el mundo les es quitado, y entonces el tormento del deseo vano es tal que con gusto lo cambiarían por cualquier cantidad de meras serpientes y escorpiones externos.

Todo pecador lleva así consigo al mundo más allá de la muerte los instrumentos de su propio castigo; y el Corán dice con verdad: "En verdad veréis

el infierno; lo veréis con el ojo de la certeza", y "el infierno rodea a los incrédulos". No dice "los rodeará", porque está a su alrededor incluso ahora.

Algunos podrían objetar: "Si tal es el caso, ¿quién puede escapar del infierno, pues quién no está más o menos ligado al mundo por diversos lazos de afecto e interés?". A esto respondemos que hay algunos, notablemente los fakires, que se han desvinculado por completo del amor al mundo.

Pero incluso entre aquellos que tienen posesiones mundanas como esposa, hijos, casas, etc., hay quienes, aunque sienten cierto afecto por estas cosas, aman a Dios aún más.

Su caso es como el de un hombre que, aunque tenga una morada a la que le tiene cariño en una ciudad, cuando es llamado por el rey para asumir un cargo de autoridad en otra ciudad, lo hace con gusto, ya que el cargo de autoridad le es más querido que su morada anterior. Tales son muchos de los profetas y santos.

Hay otros, y en gran número, que tienen algún amor a Dios, pero el amor al mundo predomina tanto en ellos que tendrán que sufrir bastante dolor después de la muerte antes de estar enteramente deshabituados de él.

Muchos profesan amar a Dios, pero un hombre puede probarse fácilmente a sí mismo observando hacia qué lado se inclina la balanza de su afecto cuando los mandamientos de Dios entran en conflicto con algunos de sus deseos. La profesión de amor a Dios que es insuficiente para refrenar de la desobediencia a Dios es una mentira.

Hemos visto arriba que una clase de infierno espiritual es la separación forzosa de las cosas mundanas a las que el corazón se apegó con demasiado ca-

riño. Muchos llevan dentro de sí los gérmenes de tal infierno sin darse cuenta de ello; en lo sucesivo se sentirán como un rey que, tras vivir en el lujo, ha sido destronado y convertido en el hazmerreír.

El segundo tipo de infierno espiritual es el de la vergüenza, cuando un hombre se despierta para ver la naturaleza de las acciones que cometió en su desnuda realidad.

Así, el que calumnió se verá a sí mismo bajo la apariencia de un caníbal comiendo la carne de su hermano muerto, y el que envidió, como alguien que arrojó piedras contra una pared, las cuales, rebotando, le sacaron los ojos a sus propios hijos.

Esta especie de infierno, es decir, de la vergüenza, puede simbolizarse mediante la siguiente parábola corta: Supongamos que cierto rey ha estado celebrando el matrimonio de su hijo. Por la noche, el joven se va con unos compañeros y poco después regresa al palacio (según él piensa) ebrio.

Entra en una habitación donde hay una luz encendida y se acuesta, según supone, junto a su esposa. Por la mañana, cuando vuelve la sobriedad, se queda consternado al encontrarse en un osario de adoradores del fuego, su lecho una parihuela, y la figura que confundió con la de su esposa el cadáver de una anciana empezando a descomponerse.

Al salir del osario con sus ropas totalmente manchadas, ¡cuál es su vergüenza al ver a su padre, el rey, acercándose con una comitiva de soldados! Tal es un pálido retrato de la vergüenza que sentirán en el otro mundo quienes en este se han abandonado ávidamente a lo que creían que eran deleites.

El tercer infierno espiritual es el de la decepción y el fracaso en alcanzar los verdaderos objetos de la existencia. El hombre fue concebido para reflejar la luz del conocimiento de Dios, pero si llega al otro mundo con su alma recubierta con una gruesa capa de óxido de indulgencia sensual, fracasará por completo en el propósito para el que fue hecho.

Su decepción puede figurarse de la siguiente manera: Supongamos que un hombre pasa con algunos compañeros a través de un bosque oscuro. Aquí y allá, reluciendo en el suelo, yacen piedras de diversos colores. Sus compañeros recogen y llevan estas piedras y le aconsejan que haga lo mismo.

"Porque", dicen ellos, "hemos oído que estas piedras alcanzarán un alto precio en el lugar a donde vamos". Él, por el contrario, se ríe de ellos y los llama necios por cargarse con la vana esperanza de ganancia, mientras él camina libre y sin cargas.

Poco después emergen a la plena luz del día y descubren que estas piedras de colores son rubíes, esmeraldas y otras joyas de valor incalculable. La decepción y la pesadumbre del hombre por no haber recogido algunas cuando estaban tan fácilmente a su alcance pueden imaginarse más fácilmente de lo que pueden describirse.

Tal será el remordimiento de aquellos que más adelante, al pasar por este mundo, no se hayan tomado la molestia de adquirir las joyas de la virtud y los tesoros de la religión.

⁂

Este viaje del hombre a través del mundo puede dividirse en cuatro etapas: la sensoria, la experimental, la instintiva y la racional. En la primera es

como una polilla que, aunque tiene vista, no tiene memoria, y se abrasará una y otra vez en la misma vela. En la segunda etapa es como un perro que, habiendo sido golpeado una vez, huirá al ver un palo.

En la tercera es como un caballo o una oveja, los cuales huyen instintivamente al ver un león o un lobo, sus enemigos naturales, mientras que no huirán de un camello o un búfalo, aunque estos últimos sean mucho mayores en tamaño.

En la cuarta etapa el hombre trasciende por completo los límites de los animales y se vuelve capaz, hasta cierto punto, de prever y proveer para el futuro. Sus movimientos al principio pueden compararse con el caminar ordinario sobre la tierra, luego con atravesar el mar en un barco, luego, en el cuarto plano, donde está familiarizado con las realidades, con caminar sobre el mar, mientras que más allá de este plano hay un quinto, conocido por los profetas y santos, cuyo progreso puede compararse con volar por el aire.

Así, el hombre es capaz de existir en varios planos diferentes, desde el animal hasta el angélico, y precisamente en esto radica su peligro, es decir, de caer hasta el más bajo de todos. En el Corán está escrito: "Ofrecimos la carga (es decir, la responsabilidad o el libre albedrío) a los cielos, a la tierra y a las montañas, y se negaron a asumirla.

Pero el hombre la tomó sobre sí: en verdad es ignorante". Ni los animales ni los ángeles pueden cambiar el rango y lugar que les han sido asignados. Pero el hombre puede hundirse hasta el animal o elevarse hasta el ángel, y este es el significado de su asunción de esa "carga" de la que habla el Corán.

La mayoría de los hombres eligen permanecer en las dos etapas inferiores mencionadas anteriormente, y los estacionarios son siempre hostiles a los viajeros o peregrinos, a quienes superan con creces en número.

Muchos de la primera clase, al no tener convicciones fijas sobre el mundo futuro, cuando son dominados por sus apetitos sensuales, lo niegan por completo. Dicen que el infierno es simplemente una invención de los teólogos para asustar a la gente, y miran a los teólogos mismos con un desprecio apenas disimulado. Razonar con necios de este tipo sirve de muy poco.

No obstante, se le puede decir esto a un hombre así, con el posible resultado de hacerle reflexionar: "¿Realmente piensas que los ciento veinticuatro mil profetas y santos que creyeron en la vida futura estaban todos equivocados, y que tú tienes razón al negarla?". Si él responde: "¡Sí!

Estoy tan seguro como de que dos son más que uno de que no hay alma ni vida futura de gozo y castigo", entonces el caso de tal hombre es desesperado; lo único que se puede hacer es dejarlo en paz, recordando las palabras del Corán: "Aunque los llames a la instrucción, no serán instruidos".

Pero si dijera que una vida futura es posible pero que la doctrina está tan envuelta en dudas y misterios que es imposible decidir si es verdadera o no, entonces se le podría decir: "¡Entonces más te vale darle el beneficio de la duda!

Supón que estás a punto de comer y alguien te dice que una serpiente ha escupido veneno en la comida; probablemente te abstendrías y preferirías soportar las punzadas del hambre antes que comerla, aunque quien te informa pueda estar bromeando o mintiendo.

O supón que estás enfermo y un escritor de amuletos dice: 'Dame una rupia y escribiré un amuleto que puedas atarte al cuello y que te curará'; probablemente darías la rupia por la posibilidad de obtener algún beneficio del amuleto.

O si un astrólogo dice: 'Cuando la luna haya entrado en cierta constelación, bebe tal o cual medicina y te recuperarás', aunque tengas muy poca fe en la astrología, es muy probable que pruebes el experimento por si acaso él pudiera tener razón. ¿Y no piensas que es tan prudente confiar en las palabras de todos los profetas, santos y hombres sagrados, convencidos como estaban de una vida futura, como en la promesa de un escritor de amuletos o un astrólogo?

La gente emprende viajes peligrosos en barcos por el simple beneficio probable, ¿y no sufrirás tú un poco de dolor de abstinencia ahora por el bien de un gozo eterno en el futuro?".

El señor Ali dijo una vez, al discutir con un incrédulo: "Si tú tienes razón, ninguno de los dos saldrá perjudicado en el futuro; pero si nosotros tenemos razón, entonces nosotros escaparemos y tú sufrirás". Esto lo dijo no porque él mismo tuviera duda alguna, sino meramente para causar una impresión en el incrédulo.

De todo lo que hemos dicho se deduce que el principal menester del hombre en este mundo es prepararse para el otro. Incluso si duda sobre una existencia futura, la razón sugiere que debe actuar como si la hubiera, con-

siderando los tremendos asuntos en juego. ¡La paz sea con quienes siguen la instrucción!

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SOBRE LA MÚSICA Y LA DANZA COMO AYUDAS PARA LA VIDA RELIGIOSA

✦

El corazón del hombre ha sido constituido por el Todopoderoso de tal modo que, como un pedernal, contiene un fuego oculto que se evoca mediante la música y la armonía, y deja al hombre fuera de sí de éxtasis.

Estas armonías son ecos de aquel mundo superior de belleza al que llamamos el mundo de los espíritus; le recuerdan al hombre su relación con ese mundo y producen en él una emoción tan profunda y extraña que él mismo es incapaz de explicarla.

El efecto de la música y la danza es más profundo en la medida en que las naturalezas sobre las que actúan son simples y propensas a la emoción; avivan hasta convertir en llama cualquier amor que ya yazga dormido en el corazón, ya sea terrenal y sensual, o divino y espiritual.

En consecuencia, ha habido mucha disputa entre los teólogos respecto a la licitud de la música y la danza consideradas como ejercicios religiosos. Una secta, los zahiritas, sosteniendo que Dios es del todo inconmensurable con el hombre, niegan la posibilidad de que el hombre sienta verdaderamente amor por Dios, y dicen que solo puede amar a los de su propia especie.

Si siente lo que cree que es amor hacia su Creador, dicen que es una mera proyección, o una sombra proyectada por su propia fantasía, o un reflejo del amor a la criatura; la música y la danza, según ellos, solo tienen que ver

con el amor a la criatura y, por lo tanto, son ilícitas como ejercicios religiosos.

Si les preguntamos cuál es el significado de ese "amor a Dios" que prescribe la ley religiosa, responden que significa obediencia y culto. Este es un error que esperamos confutar en un capítulo posterior que trata del amor a Dios.

Por el momento nos contentamos con decir que la música y la danza no ponen en el corazón lo que no está ya allí, sino que solo avivan hasta convertir en llama las emociones dormidas. Por consiguiente, si un hombre tiene en su corazón ese amor a Dios que la Ley prescribe, es perfectamente lícito, más aún, laudable en él participar en ejercicios que lo promuevan.

Por otro lado, si su corazón está lleno de deseos sensuales, la música y la danza solo los aumentarán y, por lo tanto, le son ilícitas. Mientras que, si las escucha meramente como un asunto de entretenimiento, no son ni lícitas ni ilícitas, sino indiferentes.

Pues el mero hecho de que sean agradables no las hace ilícitas, ni más ni menos que es ilícito el placer de escuchar el canto de las aves o mirar la hierba verde y el agua corriente.

El carácter inocente de la música y la danza, consideradas meramente como un pasatiempo, se corrobora también por una tradición auténtica que tenemos de la señora Aisha, quien narra: "Un día de fiesta, unos negros estaban realizando una actuación en una mezquita. El Profeta me dijo: '¿Deseas verlos?'. Respondí: 'Sí'.

En consecuencia, me levantó con su propia mano bendita, y miré durante tanto tiempo que me dijo más de una vez: '¿No has tenido suficiente?'".

Otra tradición de la señora Aisha es la siguiente: "Un día de fiesta, dos muchachas vinieron a mi casa y comenzaron a tocar y cantar. El Profeta entró y se acostó en el sofá, volviendo su rostro.

Poco después entró Abu Bakr y, viendo a las muchachas tocar, exclamó: '¡Cómo! ¡La flauta de Satán en la ¡casa del Profeta!'. A lo cual el Profeta se volvió y dijo: 'Déjalas en paz, Abu Bakr, porque este es un día de fiesta'".

Pasando por alto los casos en que la música y la danza avivan hasta convertir en llama los malos deseos ya dormidos en el corazón, llegamos a aquellos casos en que son bastante lícitas.

Tales son los de los peregrinos que celebran las glorias de la Casa de Dios en La Meca mediante el canto, e incitan así a otros a ir en peregrinación, y los de los juglares cuya música y canciones despiertan el ardor marcial en los pechos de sus oyentes y los incitan a luchar contra los infieles.

Del mismo modo, la música luctuosa que excita el dolor por el pecado y el fracaso en la vida religiosa es lícita; de esta naturaleza era la música de David. Pero los cantos fúnebres que aumentan el dolor por los muertos no son lícitos, porque está escrito en el Corán: "No os desesperéis por lo que habéis perdido".

Por otro lado, la música alegre en las bodas y banquetes, y en ocasiones tales como una circuncisión o el regreso de un viaje, es lícita.

Llegamos ahora al uso puramente religioso de la música y la danza: tal es el de los sufíes, quienes por este medio despiertan en sí mismos un mayor amor hacia Dios y, mediante la música, con frecuencia obtienen visiones espirituales y éxtasis, volviéndose su corazón en esta condición tan limpio

como la plata en la llama de un horno, y alcanzando un grado de pureza que nunca podría alcanzarse mediante ninguna cantidad de meras austeridades exteriores. El sufí se vuelve entonces tan intensamente consciente de su relación con el mundo espiritual que pierde toda conciencia de este mundo y, a menudo, cae desmayado.

No es, sin embargo, lícito para el aspirante al sufismo participar en esta danza mística sin el permiso de su "Pir", o director espiritual. Se relata del jeque Abu'l Qasim Girgani que, cuando uno de sus discípulos le pidió permiso para participar en tal danza, le dijo: "Guarda un ayuno riguroso durante tres días; luego deja que te cocinen platos tentadores; si, entonces, todavía prefieres la 'danza', puedes participar en ella".

El discípulo, no obstante, cuyo corazón no está completamente purificado de los deseos terrenales, aunque haya obtenido alguna vislumbre del camino de los místicos, debería tener prohibido por su director participar en tales danzas, ya que le harán más daño que bien.

Quienes niegan la realidad de los éxtasis y otras experiencias espirituales de los sufíes solo traicionan su propia estrechez de miras y su perspicacia superficial.

No obstante, hay que tener cierta indulgencia con ellos, pues es tan difícil creer en la realidad de estados de los que uno no tiene experiencia personal como lo es para un ciego comprender el placer de mirar la hierba verde y el agua corriente, o para un niño comprender el placer de ejercer la soberanía.

Un hombre sabio, aunque él mismo no tenga experiencia de esos estados, no negará por ello su realidad, ¡pues qué locura puede ser mayor que la de

quien niega la realidad de una cosa meramente porque él mismo no la ha experimentado! De tales personas está escrito en el Corán: "Aquellos que no tienen la guía dirán: 'Esto es una impostura manifiesta'",

En cuanto a la poesía erótica que se recita en las reuniones sufíes, y a la que la gente a veces pone objeciones, debemos recordar que, cuando en tal poesía se hace mención de la separación o de la unión con el ser amado, el sufí, que es un experto en el amor de Dios, aplica tales expresiones a la separación o a la unión con Él.

Del mismo modo, se entiende que los "rizos oscuros" significan la oscuridad de la incredulidad; "el brillo del rostro", la luz de la fe, y la embriaguez, el éxtasis del sufí. Tómese, por ejemplo, el verso:

⁂

Podrás medir miles de medidas de vino, Pero, hasta que lo bebas, ningún gozo será tuyo.

Con esto el autor quiere decir que los verdaderos deleites de la religión no se pueden alcanzar por medio de la instrucción formal, sino por la atracción y el deseo sentidos.

Un hombre puede conversar mucho y escribir volúmenes sobre el amor, la fe, la piedad, etc., y llenar de negro el papel en cualquier cantidad, pero hasta que él mismo no posea estos atributos, todo esto no le servirá de nada.

Así, aquellos que critican a los sufíes por ser fuertemente afectados, incluso hasta el éxtasis, por estos versos y otros similares, son meramente su-

perficiales y poco caritativos. Incluso los camellos se ven a veces tan fuertemente afectados por las canciones árabes de sus arrieros que corren rápidamente, cargando pesadas cargas, hasta caer exhaustos.

El oyente sufí, sin embargo, corre el peligro de blasfemia si aplica algunos de los versos que escucha a Dios. Por ejemplo, si escucha un verso como "Has cambiado tu inclinación anterior", no debe aplicarlo a Dios, que no puede cambiar, sino a sí mismo y a sus propias variaciones de ánimo. Dios es como el sol, que siempre está brillando, pero a veces para nosotros Su luz es eclipsada por algún objeto que se interpone entre nosotros y Él.

Respecto a algunos adeptos se relata que alcanzan tal grado de éxtasis que se pierden en Dios. Tal fue el caso del jeque Abu'l Hassan Nuri, quien, al escuchar cierto verso, cayó en una condición de éxtasis y, entrando en un campo lleno de tallos de caña de azúcar recién cortados, corrió de un lado a otro hasta que sus pies quedaron heridos y sangrando, y, no mucho después, falleció.

En tales casos, algunos han supuesto que ocurre un descenso real de la Divinidad a la humanidad, pero esto sería un error tan grande como el de quien, habiendo visto por primera vez su reflejo en un espejo, supusiera que, de una forma u otra, se ha incorporado al espejo, o que los tonos rojos y blancos que el espejo refleja fueran cualidades inherentes a este.

Los estados de éxtasis en los que caen los sufíes varían según las emociones que predominan en ellos: amor, temor, deseo, arrepentimiento, etc. Estos estados, como hemos mencionado anteriormente, con frecuencia son el resultado no solo de escuchar versos del Corán, sino poesía erótica.

Algunos se han opuesto a la recitación de poesía, así como del Corán, en estas ocasiones; pero debe recordarse que no todos los versos del Corán están adaptados para conmover las emociones, tales como, por ejemplo, aquel que ordena que un hombre debe dejar a su madre la sexta parte de sus bienes y a su hermana la mitad, o aquel que ordena que una viuda debe esperar cuatro meses después de la muerte de su esposo antes de desposarse con otro hombre.

Las naturalezas que pueden ser arrojadas al éxtasis religioso por la recitación de tales versos son peculiarmente sensibles y muy raras.

Otra razón para el uso de la poesía así como del Corán en estas ocasiones es que la gente está tan familiarizada con el Corán, e incluso muchos se lo saben de memoria, que el efecto de este se ha adormecido por la repetición constante. Uno no puede estar siempre citando versos nuevos del Corán como puede hacerlo de la poesía.

Una vez, cuando unos árabes del desierto escuchaban el Corán por primera vez y se sintieron fuertemente conmovidos por él, Abu Bakr les dijo: "Una vez fuimos como vosotros, pero nuestros corazones se han endurecido", queriendo decir que el Corán pierde parte de su efecto en aquellos que están familiarizados con él.

Por la misma razón, el califa Omar solía ordenar a los peregrinos a La Meca que la abandonaran rápidamente, "Porque", decía, "temo que si os familiarizáis demasiado con la Ciudad Santa, el temor reverente hacia ella desaparecerá de vuestros corazones".

Hay, además, algo perteneciente a lo ligero y frívolo, al menos a los ojos de la gente común, en el uso del canto y los instrumentos musicales, como la flauta y el tambor, y no corresponde que la majestad del Corán esté, ni siquiera temporalmente, asociada con estas cosas.

Se relata del Profeta que una vez, cuando entró en la casa de Rabia, la hija de Mauz, unas muchachas cantoras que estaban allí comenzaron a improvisar en su honor. Él les ordenó abruptamente que cesaran, ya que la alabanza del Profeta era un tema demasiado sagrado para ser tratado de esa manera.

También existe cierto peligro, si se usan exclusivamente versos del Corán, de que los oyentes les atribuyan alguna interpretación privada propia, y esto es ilícito. Por otro lado, no hay daño en interpretar versos de poesía de varias maneras, ya que no es necesario aplicar a un poema el mismo significado que tenía el autor.

Otras características de estas danzas místicas son las contorsiones corporales y el rasgarse las vestiduras con que a veces van acompañadas. Si estas son el resultado de genuinas condiciones de éxtasis, no hay nada que decir en su contra, pero si son autoconscientes y deliberadas por parte de quienes desean parecer "adeptos", entonces son meros actos de hipocresía.

En cualquier caso, el adepto más perfecto es aquel que se controla a sí mismo hasta que está absolutamente obligado a dar desahogo a sus sentimientos. Se relata de cierto joven que era discípulo del jeque Junaid que, al escuchar comenzar el canto en una asamblea de los sufíes, no pudo contenerse, sino que comenzó a gritar de éxtasis.

Junaid le dijo: "Si vuelves a hacer eso, no permanezcas en mi compañía". Después de esto, el joven solía contenerse en tales ocasiones, pero finalmente un día sus emociones se vieron tan fuertemente agitadas que, tras una larga y violenta represión de las mismas, lanzó un grito y murió.

Para concluir: al celebrar estas asambleas, se debe tener en cuenta el tiempo y el lugar, y que ningún espectador venga por motivos indignos. Quienes participan en ellas deben sentarse en silencio, no mirándose unos a otros, sino manteniendo la cabeza inclinada, como en la oración, y concentrando sus mentes en Dios.

Cada uno debe velar por aquello que pueda ser revelado a su propio corazón, y no realizar ningún movimiento por mero impulso autoconsciente. Pero si alguno de ellos se pone de pie en un estado de genuino éxtasis, todos los demás deben ponerse de pie con él, y si el turbante de alguno cae, los demás también deben depositar sus turbantes.

Aunque estos asuntos son novedades relativas en el islam y no se han recibido de los primeros seguidores del Profeta, debemos recordar que no todas las novedades están prohibidas, sino solo aquellas que contravienen directamente la Ley. Por ejemplo, la "Tarawih", u oración nocturna, fue instituida por primera vez por el califa Omar.

El Profeta dijo: "Convive con cada hombre según sus hábitos y disposición", por consiguiente, es correcto amoldarse a los usos que complacen a la gente, cuando la no conformidad los afligiría.

Es cierto que los Compañeros no tenían la costumbre de levantarse a la entrada del Profeta, ya que no les gustaba esta práctica; pero donde se ha esta-

blecido, y abstenerse de ella causaría molestia, es mejor conformarse a ella. Los árabes tienen sus propias costumbres, y los persas las suyas, y Dios sabe cuál es mejor.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SOBRE EL EXAMEN DE CONCIENCIA Y EL RECUERDO DE DIOS

✦

Sabe, oh hermano, que en el Corán Dios ha dicho: "Dispondremos una balanza justa en el día de la resurrección, y a ninguna alma se le hará injusticia en nada". Quienquiera que haya realizado un grano de bien o de mal, entonces lo verá. En el Corán también está escrito: "Vea cada alma lo que envía por delante para el día de la cuenta".

Era un dicho del califa Omar: "Pedíos cuentas a vosotros mismos antes de que se os pidan cuentas"; y Dios dice: "Oh creyentes, sed pacientes y luchad contra vuestros deseos naturales, y mantened la lucha varonilmente".

Los santos siempre han entendido que han venido a este mundo para llevar a cabo un tráfico espiritual, cuya ganancia o pérdida resultante es el cielo o el infierno. Por consiguiente, siempre han mantenido un ojo celoso sobre la carne, la cual, como un socio traicionero en los negocios, puede causarles una gran pérdida.

Él, por lo tanto, es un hombre sabio que, después de su oración matutina, pasa una hora entera haciendo un cómputo espiritual, y dice a su alma: "Oh alma mía, solo tienes una vida; ningún momento que haya pasado puede recuperarse, porque en el consejo de Dios el número de alientos que te han sido asignados es fijo, y no se puede aumentar.

Cuando la vida termina, ya no es posible para ti más tráfico espiritual; por lo tanto, lo que hagas, hazlo ahora; trata este día como si tu vida ya se hu-

biera consumido, y este fuera un día extra concedido a ti por el favor especial del Todopoderoso. ¿Qué mayor locura puede haber que perderlo?".

En la resurrección, un hombre encontrará todas las horas de su vida dispuestas como una larga serie de cofres del tesoro. Se abrirá la puerta de uno, y se verá que está lleno de luz: representa una hora que pasó haciendo el bien. Su corazón se llenará de tal gozo que incluso una fracción del mismo haría que los habitantes del infierno olvidaran el fuego.

Se abrirá la puerta de un segundo; está enteramente oscuro por dentro, y de él sale un olor tan malo que hará que todos se tapen la nariz: representa una hora que pasó haciendo el mal, y sufrirá tal terror que una fracción del mismo amargaría el Paraíso para los bienaventurados.

Se abrirá la puerta de un tercer cofre del tesoro; se verá que está vacío y ni claro ni oscuro por dentro: esto representa la hora en que no hizo ni el bien ni el mal. Entonces sentirá un remordimiento y una confusión como los de un hombre que ha sido poseedor de un gran tesoro y lo ha desperdiciado o dejado escapar de su alcance.

Así, toda la serie de las horas de su vida se exhibirá, una por una, a su mirada. Por lo tanto, un hombre debería decir a su alma cada mañana: "Dios te ha dado veinticuatro tesoros; ten cuidado de no perder ninguno de ellos, porque no podrás soportar el pesar que seguirá a tal pérdida".

Los santos han dicho: "Incluso suponiendo que Dios te perdonara, después de una vida desperdiciada, no alcanzarás los rangos de los justos y deberás lamentar tu pérdida; por consiguiente, mantén una estricta vigilancia so-

bre tu lengua, tu ojo y cada uno de tus siete miembros, pues cada uno de estos es, por así decirlo, una posible puerta al infierno.

Di a tu carne: 'Si eres rebelde, ciertamente te castigaré'; pues, aunque la carne es indómita, es capaz de recibir instrucción, y puede ser domada por la austeridad". Tal es, pues, el objetivo del examen de conciencia, y el Profeta había dicho: "Dichoso aquel que hace ahora lo que le beneficiará después de la muerte".

Llegamos ahora al recuerdo de Dios. Este consiste en que un hombre recuerde que Dios observa todos sus actos y pensamientos. La gente solo ve lo exterior, mientras que Dios ve tanto al hombre exterior como al interior. Quien realmente crea esto tendrá tanto su ser exterior como el interior bien disciplinados.

Si no lo cree, es un infiel, y si, mientras lo cree, actúa en contra de esa creencia, es culpable de la más grave presunción. Un día un negro vino al Profeta y le dijo: "¡Oh Profeta de Dios! He cometido mucho pecado. ¿Será aceptado mi arrepentimiento o no?". El Profeta dijo: "Sí".

Entonces el negro dijo: "Oh Profeta de Dios, todo el tiempo que estuve cometiendo el pecado, ¿realmente Dios me contemplaba?". "Sí", fue la respuesta. El negro lanzó un grito y cayó sin vida. Hasta que un hombre no esté enteramente convencido del hecho de que está siempre bajo la observación de Dios, le es imposible actuar rectamente.

Cierto jeque tuvo una vez un discípulo al que favorecía por encima de sus otros discípulos, excitando así la envidia de estos. Un día el jeque dio a cada

uno de ellos un ave y les dijo a cada uno que fuera y la matara en un lugar donde nadie pudiera verlo.

En consecuencia, cada uno mató su ave en algún lugar retirado y la trajo de vuelta, a excepción del discípulo favorito del jeque, que trajo la suya viva, diciendo: "No he encontrado tal lugar, porque Dios ve en todas partes". El jeque dijo a los demás: "Veis ahora el verdadero rango de este joven; ha alcanzado el recuerdo constante de Dios".

Cuando Zuleikha tentó a José, arrojó un paño sobre el rostro del ídolo que solía adorar. José le dijo: "Oh Zuleikha, te avergüenzas ante un pedazo de piedra, ¿y no debería yo avergonzarme ante Aquel que creó los siete cielos y la tierra?". Un hombre vino una vez al santo Junaid y le dijo: "No puedo evitar que mis ojos lancen miradas lascivas. ¿Cómo lo haré?".

"Recordando", respondió Junaid, "que Dios te ve mucho más claramente de lo que tú ves a cualquier otro". En las tradiciones está escrito que Dios ha dicho: "El Paraíso es para aquellos que intencionan cometer algún pecado y luego recuerdan que Mi ojo está sobre ellos y se abstienen".

Abdullah Ibn Dinar relata: "Una vez caminaba con el califa Omar cerca de La Meca cuando nos encontramos con un joven esclavo pastor que conducía su rebaño. Omar le dijo: 'Véndeme una oveja'. El joven respondió: 'No son mías, sino de mi amo'.

Entonces, para probarlo, Omar dijo: 'Bueno, puedes decirle que un lobo se llevó una, y él no sabrá nada al respecto'. 'No, no lo sabrá', dijo el joven, 'pero Dios sí'. Omar entonces lloró y, mandando llamar al amo del joven, lo

compró y lo libertó, exclamando: 'Por este dicho eres libre en este mundo y serás libre en el próximo'".

⁂

Hay dos grados de este recuerdo de Dios. El primer grado es el de aquellos santos cuyos pensamientos están completamente absorbidos en la contemplación de la majestad de Dios, y no tienen lugar en sus corazones para ninguna otra cosa en absoluto.

Este es el grado inferior de recuerdo, pues cuando el corazón de un hombre está fijo, y sus miembros están tan controlados por su corazón que se abstienen incluso de acciones lícitas, no tiene necesidad de ningún ardid o salvaguardia contra los pecados.

A este tipo de recuerdo se refería el Profeta cuando dijo: "Aquel que se levanta por la mañana con solo Dios en su mente, Dios cuidará de él, tanto en este mundo como en el próximo".

Algunos de estos recordadores de Dios están tan absorbidos en el pensamiento de Él que, si la gente les habla, no escuchan, o si caminan delante de ellos, no ven, sino que tropiezan como si chocaran contra una pared. Cierto santo relata lo siguiente: "Un día pasé por un lugar donde unos arqueros tenían una competencia de tiro. A cierta distancia, un hombre estaba sentado solo.

Me acerqué a él e intenté entablar conversación, pero él respondió: 'El recuerdo de Dios es mejor que la conversación'. Dije: '¿No te sientes solo?'. 'No', respondió, 'Dios y dos ángeles están conmigo'. Señalando a los arque-

ros, pregunté: '¿Cuál de estos se ha llevado el premio?'. 'Aquel', fue su respuesta, 'a quien Dios se lo ha otorgado'.

Entonces le pregunté: '¿De dónde viene este camino?'. Ante lo cual, levantando los ojos al cielo, se levantó y se fue, diciendo: '¡Oh Señor! ¡Muchas de Tus criaturas alejan a uno del recuerdo de Ti!'".

El santo Shibli fue un día a ver al sufí Thaury; lo encontró sentado tan quieto en contemplación que ni un solo cabello de su cuerpo se movía. Le preguntó: "¿De quién aprendiste a practicar tal firmeza de contemplación?". Thaury respondió: "De un gato al que vi esperando en una madriguera de ratón en una actitud de firmeza aún mayor que esta".

Ibn Hanif relata: "Me informaron que en la ciudad de Sur un jeque y su discípulo estaban siempre sentados absortos en el recuerdo de Dios. Fui allí y los encontré a ambos sentados con sus rostros vueltos en dirección a La Meca. Los saludé tres veces, pero no dieron respuesta. Dije: 'Os conjuro, por Dios, a que me devolváis el saludo'.

El joven levantó la cabeza y respondió: '¡Oh Ibn Hanif! El mundo dura solo por poco tiempo, y de este poco tiempo solo queda un poco. Nos estás estorbando al exigirnos que te devolvamos el saludo'. Luego volvió a inclinar la cabeza y se quedó en silencio. Yo estaba hambriento y sediento en ese momento, pero la vista de esos dos me sacó por completo de mí mismo.

Permanecí de pie y oré con ellos la oración de la tarde y de la noche. Luego les pedí un consejo espiritual. El más joven respondió: 'Oh Ibn Hanif, estamos afligidos; no poseemos esa lengua que da consejos'. Permanecí allí de

pie tres días y tres noches; ninguna palabra pasó entre nosotros y ninguno de nosotros durmió.

Entonces dije dentro de mí: 'Los conjuraré por Dios a que me den algún consejo'. El más joven, adivinando mis pensamientos, volvió a levantar la cabeza: 'Ve y busca a un hombre cuya visita traiga a Dios a tu recuerdo e infunda Su temor en tu corazón, y él te dará aquel consejo que se transmite por el silencio y no por el habla'".

Tal es el "recuerdo" de los santos, que consiste en estar completamente absorbido en la contemplación de Dios. El segundo grado del recuerdo de Dios es el de "los compañeros de la mano derecha".

Estos son conscientes de que Dios lo sabe todo sobre ellos, y se sienten avergonzados en Su presencia, sin embargo, no son sacados de sí mismos por el pensamiento de Su majestad, sino que permanecen claramente conscientes de sí mismos y del mundo.

Su condición es como la de un hombre que fuera sorprendido repentinamente en un estado de desnudez y se cubriera apresuradamente, mientras que la otra clase se asemeja a uno que se encuentra de repente en presencia del Rey y se siente confundido y lleno de pavor reverente.

Los primeros someten cada proyecto que entra en sus mentes a un riguroso escrutinio, pues en el Día Final se formularán tres preguntas respecto a cada acción: la primera, "¿Por qué hiciste esto?"; la segunda, "¿De qué manera hiciste esto?"; la tercera, "¿Con qué propósito hiciste esto?".

La primera se formulará porque el hombre debe actuar por impulso divino y no meramente satánico o carnal. Si esta pregunta se responde satisfacto-

riamente, la segunda probará de qué manera se realizó la acción, con sabiduría o con descuido y negligencia, y la tercera, si se hizo simplemente para complacer a Dios, o para ganar la aprobación de los hombres.

Si un hombre entiende el significado de estas preguntas, velará mucho sobre el estado de su corazón, y sobre cómo abriga pensamientos que probablemente terminarán en acción. Discriminar correctamente entre tales pensamientos es un asunto muy difícil y delicado, y quien no sea capaz de ello debe unirse a algún director espiritual, cuyo trato pueda iluminar su corazón.

Debe evitar con el mayor cuidado al sabio meramente mundano que es un agente de Satán. Dios le dijo a David: "¡Oh David! no hagas preguntas al hombre sabio que está embriagado con el amor al mundo, porque te robará Mi amor", y el Profeta dijo: "Dios ama a aquel hombre que es perspicaz para discernir en las cosas dudosas, y que no permite que su razón sea dominada por los asaltos de la pasión".

La razón y la discriminación están estrechamente conectadas, y aquel en quien la razón no gobierne la pasión no será perspicaz para discernir.

⁂

Además de tal cautelosa discriminación antes de actuar, el hombre debe pedirse estrictamente cuentas por sus acciones pasadas. Cada noche debe examinar su corazón respecto a lo que ha hecho para ver si ha ganado o perdido en su capital espiritual.

Esto es tanto más necesario cuanto que el corazón es como un socio comercial traicionero, siempre listo para lisonjear y engañar; a veces presenta su

propio egoísmo bajo la apariencia de obediencia a Dios, de modo que el hombre supone que ha ganado, mientras que en realidad ha perdido.

Cierto santo llamado Amiya, de sesenta años de edad, contó los días de su vida. Encontró que ascendían a veintiún mil seiscientos días. Se dijo a sí mismo: "¡Ay! si he cometido un pecado cada día, ¿cómo puedo escapar de la carga de veintiún mil seiscientos pecados?". Lanzó un grito y cayó al suelo; cuando vinieron a levantarlo, lo encontraron muerto.

Pero la mayoría de la gente es negligente, y nunca piensa en pedirse cuentas. Si por cada pecado que un hombre cometiera pusiera una piedra en una casa vacía, pronto encontraría esa casa llena de piedras; si sus ángeles registradores le exigieran salario por anotar sus pecados, todo su dinero pronto se habría ido.

La gente cuenta en sus rosarios con autosatisfacción el número de veces que ha recitado el nombre de Dios, pero no conserva ningún rosario para calcular las innumerables palabras vanas que habla. Por consiguiente, el califa Omar dijo: "Pesad bien vuestras palabras y hechos antes de que sean pesados en el Juicio".

Él mismo antes de retirarse por la noche, solía golpear sus pies con un azote y exclamar: "¿Qué has hecho hoy?". Abu Talha estaba una vez orando en un palmeral, cuando la vista de un hermoso pájaro que voló fuera de él hizo que cometiera un error al contar el número de prostraciones que había hecho. Para castigarse a sí mismo por su inatención, regaló el palmeral.

Tales santos sabían que su naturaleza sensual era propensa a descarriarse, por lo tanto mantenían una estricta vigilancia sobre ella, y la castigaban

por cada transgresión.

Si un hombre se encuentra perezoso y reacio a la austeridad y a la autodisciplina, debe asociarse con alguien que sea experto en tales prácticas a fin de contagiar el entusiasmo de este. Cierto santo solía decir: "Cuando me vuelvo tibio en la autodisciplina, miro a Muhammad Ibn Wasi, y la vista de él reaviva mi fervor durante al menos una semana".

Si uno no puede encontrar tal modelo de austeridad cerca de la mano, entonces es algo bueno estudiar las vidas de los santos; también debe exhortar a su alma en cierto modo de la siguiente manera: "¡Oh alma mía! te consideras inteligente y te enojas por ser llamada necia, y no obstante, ¿qué otra cosa eres, después de todo?

Preparas ropa para protegerte del frío del invierno, pero no haces preparación alguna para la vida posterior. Tu estado es como el de un hombre que a mediados del invierno dijera: 'No usaré ropa abrigada, sino que confiaré en la misericordia de Dios para que me proteja del frío'.

Olvida que Dios, al mismo tiempo que creó el frío, le mostró al hombre la manera de hacer ropa para protegerse de él, y proporcionó el material para esa ropa. Recuerda esto también, oh alma, que tu castigo en lo sucesivo no será porque Dios esté enojado con tu desobediencia; y no digas: '¿Cómo puede mi pecado dañar a Dios?'.

Son tus pasiones mismas las que habrán encendido las llamas de un infierno dentro de ti; al igual que, por comer alimentos insalubres, se causa la enfermedad en el cuerpo de un hombre, y no porque su médico esté molesto con él por desobedecer sus órdenes.

¡Vergüenza sobre ti, oh alma, por tu desmedido amor al mundo! Si no crees en el cielo ni en el infierno, al menos crees en la muerte, que te arrebatará todos los deleites mundanos y te hará sentir los dolores de la separación de ellos, los cuales serán más intensos precisamente en la medida en que te hayas apegado a ellos. ¿Por qué estás loca tras el mundo?

Si la totalidad de él, de Este a Oeste, fuera tuya y te adorara, aun así todo él, en un breve lapso, se convertiría en polvo junto contigo mismo, y el olvido borraría tu nombre, como los de los reyes antiguos antes de ti.

Pero ahora, viendo que solo tienes un fragmento muy pequeño del mundo, y además manchado, ¿serás tan loca como para permutar el gozo eterno por él, una joya preciosa por una vasija de barro rota, y hacerte el hazmerreír de todos los que te rodean?".

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL MATRIMONIO COMO AYUDA O IMPEDIMENTO PARA LA VIDA RELIGIOSA

✦

El matrimonio desempeña un papel tan importante en los asuntos humanos que necesariamente debe ser tenido en cuenta al tratar de la vida religiosa y ser considerado en sus dos aspectos de ventaja y desventaja.

Viendo que Dios, como dice el Corán, "solo creó a los hombres y a los genios con el propósito de adorar", la primera y evidente ventaja del matrimonio es que los adoradores de Dios puedan aumentar en número. Por consiguiente, los teólogos han establecido como máxima que es mejor dedicarse a los deberes matrimoniales que a las devociones supererogatorias.

Otra ventaja del matrimonio es que, como dijo el Profeta, las oraciones de los hijos aprovechan a sus padres cuando estos han muerto, y los hijos que mueren antes que sus padres interceden por ellos en el Día del Juicio.

"Cuando a un niño —dijo el Profeta— se le dice que entre al cielo, llora y dice: 'No entraré sin mi padre y mi madre'". Asimismo, un día el Profeta tomó las mangas de un hombre y lo atrajo violentamente hacia sí, diciendo: "De este mismo modo los hijos arrastrarán a sus padres al cielo".

Y añadió: "Los niños se agolpan a las puertas del cielo y claman por sus padres y madres, hasta que a aquellos de estos últimos que están afuera se les dice que entren y se unan a sus hijos".

Se cuenta de cierto santo célibe que una vez soñó que el Día del Juicio había llegado. El sol se había acercado mucho a la tierra y la gente perecía de sed; una multitud de muchachos se movía dándoles agua en vasijas de oro y plata. Pero cuando el santo pidió agua, fue rechazado, y uno de los muchachos le dijo: "Ninguno de nosotros aquí es tu hijo". Tan pronto como el santo despertó, hizo preparativos para casarse.

Otra ventaja del matrimonio es que sentarse y ser afable con la propia esposa es un descanso para la mente tras haber estado ocupada en deberes religiosos, y después de tal descanso uno puede regresar a sus devociones con renovado entusiasmo.

Así, el propio Profeta, cuando sentía que el peso de sus revelaciones lo abrumaba demasiado, tocaba a su esposa Aisha y decía: "¡Háblame, oh Aisha, háblame!". Esto lo hacía para recibir, de ese contacto humano familiar, fuerza para soportar nuevas revelaciones.

Por una razón similar solía ordenar al muecín Bilal que hiciera la llamada a la oración, y a veces solía oler dulces perfumes. Es un dicho muy conocido suyo: "He amado tres cosas en el mundo: los perfumes, las mujeres y el consuelo en la oración". En una ocasión, Omar le preguntó al Profeta cuáles eran las cosas que debían buscarse especialmente en el mundo.

Él respondió: "Una lengua ocupada en el recuerdo de Dios, un corazón agradecido y una esposa creyente".

Una ventaja más del matrimonio es que haya alguien que cuide de la casa, cocine la comida, lave los platos y barra el suelo, etc. Si un hombre está

ocupado en tales labores, no puede adquirir conocimiento, ni llevar a cabo sus negocios, ni dedicarse a sus devociones adecuadamente.

Por esta razón Abu Suleiman ha dicho: "Una buena esposa no es solo una bendición de este mundo, sino del próximo, porque le proporciona al hombre tiempo libre en el cual pensar en el mundo venidero"; y uno de los dichos del califa Omar es: "Después de la fe, ninguna bendición es igual a una buena esposa".

El matrimonio tiene, además, este bien en sí: que ser paciente con las peculiaridades femeninas, proveer las necesidades que las esposas requieren y mantenerlas en el camino de la ley es una parte muy importante de la religión. El Profeta dijo: "Dar a la propia esposa el dinero que requiere es más importante que dar limosna".

Una vez, cuando Ibn Mubarak estaba dedicado a una campaña contra los infieles, uno de sus compañeros le preguntó: "¿Hay alguna obra más meritoria que la guerra religiosa?".

"Sí —respondió—: alimentar y vestir a la propia esposa e hijos adecuadamente". El célebre santo Bishr Hafi dijo: "Es mejor que un hombre trabaje para su esposa e hijos que meramente para sí mismo". En las Tradiciones se ha registrado que algunos pecados solo pueden expiarse soportando dificultades por causa de la propia familia.

Respecto a cierto santo, se relata que su esposa murió y él no quiso casarse de nuevo, aunque la gente le instaba, diciendo que era más fácil concentrar sus pensamientos en la soledad. Una noche vio en un sueño la puerta del cielo abierta y a numerosos ángeles descendiendo.

Se acercaron y lo miraron, y uno dijo: "¿Es este ese miserable egoísta?", y su compañero respondió: "Sí, este es él". El santo estaba demasiado alarmado para preguntar a quién se referían, pero al poco tiempo pasó un niño y él le preguntó.

"Es de ti de quien están hablando —respondió el niño—; hasta hace solo una semana tus buenas obras eran registradas en el cielo junto con las de otros santos, pero ahora han borrado tu nombre de la lista". Granmente perturbado en su mente tan pronto como despertó, se apresuró a casarse. Por todas las consideraciones anteriores se verá que el matrimonio es deseable.

Llegamos ahora a tratar de los inconvenientes del matrimonio. Uno de ellos es que existe el peligro, especialmente en el tiempo presente, de que un hombre obtenga el sustento por medios ilícitos para mantener a su familia, y ninguna cantidad de buenas obras puede compensar esto.

El Profeta dijo que en la resurrección cierto hombre con toda una montaña de buenas obras será llevado adelante y colocado cerca de la Balanza. Luego se le preguntará: "'¿Por qué medios mantuviste a tu familia?' Él no podrá dar una respuesta satisfactoria, y todas sus buenas obras serán canceladas, y se hará una proclamación con respecto a él: '¡Este es el hombre cuya familia ha devorado todas sus buenas acciones!'".

⁂

Otro inconveniente del matrimonio es este: que tratar a la propia familia con amabilidad y paciencia y llevar sus asuntos a un término satisfactorio solo lo pueden hacer quienes tienen una buena disposición. Existe un gran

peligro de que un hombre trate a su familia con dureza, o la descuide, y así atraiga el pecado sobre sí.

El Profeta dijo: "Quien abandona a su esposa e hijos es como un esclavo fugitivo; hasta que vuelva a ellos, ninguno de sus ayunos ni oraciones será aceptado por Dios". En resumen, el hombre tiene una naturaleza inferior, y hasta que pueda controlar su propia naturaleza inferior, será mejor que no asuma la responsabilidad de controlar la de otro.

Alguien le preguntó al santo Bishr Hafi por qué no se casaba. "Tengo miedo —respondió— de ese versículo del Corán: 'Los derechos de las mujeres sobre los hombres son exactamente los mismos que los derechos de los hombres sobre las mujeres'".

Una tercera desventaja del matrimonio es que las preocupaciones de una familia con frecuencia impiden que un hombre concentre sus pensamientos en Dios y en la vida futura, y pueden, a menos que sea cuidadoso, llevarlo a su destrucción, pues Dios ha dicho: "No dejéis que vuestras esposas e hijos os aparten del recuerdo de Dios". Aquel que piensa que puede concentrarse mejor en sus deberes religiosos no casándose, es mejor que permanezca soltero, y aquel que teme caer en pecado si no se casa, es mejor que lo haga.

Llegamos ahora a las cualidades que deben buscarse en una esposa. La más importante de todas es la castidad. Si una esposa es incasta y su esposo guarda silencio, él adquiere un mal nombre y se ve obstaculizado en su vida religiosa; si habla, su vida se amarga; y si se divorcia de ella, puede sentir el dolor de la separación. Una esposa hermosa pero de mal carácter es una gran calamidad; de tal esposa es mejor divorciarse.

El Profeta dijo: "Quien busca una esposa por causa de su belleza o riqueza, perderá ambas".

La segunda cualidad deseable en una esposa es una buena disposición. Una esposa de mal genio, desagradecida, loquaz o imperiosa hace la existencia insoportable y es un gran obstáculo para llevar una vida devota.

La tercera cualidad que debe buscarse es la belleza, ya que esta despierta amor y afecto. Por consiguiente, uno debe ver a una mujer antes de casarse con ella. El Profeta dijo: "Las mujeres de tal tribu tienen todas un defecto en sus ojos; quien desee casarse con una debe verla primero".

Los sabios han dicho que quien se casa con una esposa sin verla de seguro se arrepentirá después. Es verdad que uno no debe casarse únicamente por causa de la belleza, pero esto no significa que la belleza no deba tenerse en cuenta en absoluto.

El cuarto punto deseable es que la suma pagada por el esposo como dote nupcial de la esposa sea moderada. El Profeta dijo: "Ella es el mejor tipo de esposa cuya dote nupcial es pequeña y cuya belleza es grande".

Él mismo fijó la dote nupcial de algunas mujeres en diez dírhams, y las dotes nupciales de sus propias hijas no superaron los cuatrocientos dírhams.

En quinto lugar, no debe ser estéril. "Un trozo de estera vieja tirado en el rincón de la casa es mejor que una esposa estéril".

Otras cualidades en una esposa deseable son estas: debe ser de buen linaje, no haberse casado previamente y no estar demasiado emparentada con su esposo.

Sobre las observancias del matrimonio

El matrimonio es una institución religiosa y debe ser tratado de manera religiosa; de lo contrario, la unión de hombres y mujeres no es mejor que el apareamiento de los animales. La Ley manda que haya un banquete con motivo de cada matrimonio. Cuando Abdurrahman Ibn Auf se casó, el Profeta le dijo: "Haz un banquete de bodas, aunque solo tengas un cabrito para hacerlo".

Cuando el propio Profeta celebró su matrimonio con Safia, hizo un banquete de bodas de dátiles y cebada. También es correcto que el matrimonio se acompañe con el toque de tambores y de música, porque el hombre es la corona de la creación.

En segundo lugar, un hombre debe mantener buenas relaciones con su esposa. Esto no significa que nunca deba causarle dolor, sino que debe soportar con paciencia cualquier molestia que ella le cause, ya sea por su irracionalidad o ingratitud. La mujer fue creada débil y necesitada de resguardo; por consiguiente, debe ser soportada con paciencia y mantenida en recato.

El Profeta dijo: "Quien soporta con paciencia el mal humor de su esposa ganará tanto mérito como el que ganó Job por la paciente perseverancia en sus pruebas". En su lecho de muerte también se le oyó decir: "Continuad en oración y tratad bien a vuestras esposas, porque son vuestras prisioneras". Él mismo solía soportar con paciencia el mal carácter de sus esposas.

Un día la esposa de Omar estaba enojada y lo reprendió. Él le dijo: "Tú, la de lengua maligna, ¿me respondes a mí?". Ella respondió: "¡Sí! El Señor de los profetas es mejor que tú, y sus esposas le responden". Él respondió: "¡Ay

de Hafsa [hija de Omar y esposa de Mahoma] si no se humilla!"; y cuando la encontró le dijo: "Procura no responderle al Profeta".

El Profeta también dijo: "El mejor de vosotros es el que es mejor con su propia familia, como yo soy el mejor con la mía".

En tercer lugar, un hombre debe condescender con los esparcimientos y entretenimientos de su esposa, y no intentar frenarlos. El propio Profeta en una ocasión echó carreras con su joven esposa Aisha. La primera vez le ganó él, y la segunda le ganó ella. Otra vez la sostuvo en sus brazos para que pudiera mirar a unos negros que hacían representaciones.

De hecho, sería difícil encontrar a alguien que fuera tan amable con sus esposas como lo fue el Profeta con las suyas. Los hombres sabios han dicho: "Un hombre debe llegar a casa sonriendo y comer lo que encuentre y no pedir nada que no encuentre". No obstante, no debe ser sobreindulgente, no sea que su esposa le pierda el respeto.

Si ve algo manifiestamente incorrecto por parte de ella, no debe ignorarlo sino reprenderlo, o se convertirá en el hazmerreír. En el Corán está escrito: "Los hombres deben tener la supremacía sobre las mujeres", y el Profeta dijo: "Ay del hombre que es el siervo de su esposa", porque ella debe ser su sierva.

Los hombres sabios han dicho: "Consultad a las mujeres y haced lo contrario de lo que aconsejen". En verdad hay algo perverso en las mujeres, y si se les permite incluso una pequeña licencia, se escapan del control por completo y es difícil volverlas al orden.

Al tratar con ellas uno debe esforzarse por usar una mezcla de severidad y ternura, con una mayor proporción de esto último. El Profeta dijo: "La mujer fue formada de una costilla torcida; si intentas enderezarla, la romperás; si la dejas en paz, se volverá cada vez más torcida; por lo tanto, trátala con ternura".

⁂

En cuanto al recato, uno nunca puede ser demasiado cuidadoso en no dejar que su esposa mire o sea mirada por un extraño, porque el comienzo de todo mal está en el ojo. En la medida de lo posible, no se le debe permitir salir de la casa, ni subir al tejado, ni estar en la puerta. Sin embargo, se debe tener cuidado de no ser desmedidamente celoso y estricto.

El Profeta preguntó un día a su hija Fátima: "¿Qué es lo mejor para las mujeres?". Ella respondió: "Que no miren a extraños, ni los extraños a ellas". El Profeta se complació con esta observación y la abrazó, diciendo: "¡En verdad, eres un pedazo de mi hígado!".

El Comendador de los Creyentes, Omar, dijo: "No deis a las mujeres ropas finas, porque tan pronto como las tengan querrán salir de casa". En el tiempo del Profeta las mujeres tenían permiso para ir a las mezquitas y colocarse en la última fila de los adoradores; pero esto fue posteriormente prohibido.

Un hombre debe mantener a su esposa debidamente provista de dinero y no escatimarle. Dar a una esposa su sustento adecuado es más meritorio que dar limosna. El Profeta dijo: "Supongamos que un hombre gasta un dinar en la guerra religiosa, otro en rescatar a un esclavo, un tercero en cari-

dad, y da el cuarto a su esposa: el dar este último supera en mérito a todos los demás juntos".

Un hombre no debe comer nada especialmente bueno por sí solo, o, si lo ha comido, debe guardar silencio al respecto y no alabarlo ante su esposa. Es mejor que esposo y esposa coman juntos, si no hay un invitado presente, pues el Profeta dijo: "Cuando lo hacen, Dios envía Su bendición sobre ellos y los ángeles oran por ellos". El punto más importante a tener en cuenta es que las provisiones dadas a la esposa sean adquiridas por medios lícitos.

Si la esposa de un hombre es rebelde y desobediente, él debe al principio amonestarla suavemente; si esto no es suficiente, debe dormir en una cámara separada durante tres noches. Si esto también falla, puede golpearla, pero no en la boca, ni con tal fuerza que la hiera. Si ella fuera negligente en sus deberes religiosos, él debe manifestarle su disgusto durante un mes entero, como hizo el Profeta en una ocasión con todas sus esposas.

Se debe tener el mayor cuidado en evitar el divorcio, porque, aunque el divorcio está permitido, Dios lo desaprueba, porque el mero pronunciamiento de la palabra "divorcio" causa dolor a una mujer, ¿y cómo puede ser correcto causar dolor a alguien?

Cuando el divorcio sea absolutamente necesario, la fórmula para este no debe repetirse tres veces todas de una vez, sino en tres ocasiones diferentes. Una mujer debe ser divorciada con amabilidad, no por ira y desprecio, y no sin una razón. Después del divorcio, un hombre debe darle a su exesposa un regalo y no decir a otros que ha sido divorciada por tal o cual falta.

De cierto hombre que estaba iniciando trámites de divorcio contra su esposa se cuenta que la gente le preguntó: "¿Por qué te divorcias de ella?". Él respondió: "No revelo los secretos de mi esposa". Cuando efectivamente se hubo divorciado de ella, le preguntaron de nuevo, y dijo: "Ella es una extraña para mí ahora; no tengo nada que ver con sus asuntos privados".

Hasta aquí hemos tratado de los derechos de la esposa sobre su esposo, pero los derechos del esposo sobre la esposa son aún más vinculantes. El Profeta dijo: "Si fuera correcto adorar a alguien excepto a Dios, sería correcto que las esposas adoraran a sus esposos".

Una esposa no debe jactarse de su belleza ante su esposo, no debe corresponder a su bondad con ingratitud, no debe decirle: "¿Por qué me has tratado de tal y tal manera?". El Profeta dijo: 'Miré al infierno y vi a muchas mujeres allí; pregunté la razón y recibí esta respuesta: "Porque maltrataban a sus esposos y eran ingratas con ellos"'.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL AMOR DE DIOS

✦

El amor de Dios es el tema más elevado de todos, y es la meta final hacia la cual hemos estado tendiendo hasta ahora. Hemos hablado de los peligros espirituales en cuanto obstaculizan el amor de Dios en el corazón del hombre, y hemos hablado de varias buenas cualidades como los preliminares necesarios para este.

La perfección humana reside en esto: que el amor de Dios conquiste el corazón del hombre y lo posea por entero, e incluso si no lo posee por entero, debe predominar en el corazón sobre el amor a todas las demás cosas.

Sin embargo, entender correctamente el amor de Dios es un asunto tan difícil que una secta de teólogos ha negado por completo que el hombre pueda amar a un Ser que no es de su propia especie, y han definido el amor de Dios consistiendo meramente en la obediencia. Quienes sostienen tales puntos de vista no saben lo que es la verdadera religión.

Todos los musulmanes están de acuerdo en que el amor de Dios es un deber. Dios dice con respecto a los creyentes: "Él los ama y ellos lo aman a Él", y el Profeta dijo: "Hasta que un hombre ame a Dios y a su Profeta más que a cualquier otra cosa, no tiene la fe verdadera".

Cuando el ángel de la muerte vino a tomar el alma de Abraham, este último dijo: "¿Has visto alguna vez a un amigo quitarle la vida a su amigo?". Dios le respondió: "¿Has visto alguna vez a un amigo poco dispuesto a ver a su amigo?". Entonces Abraham dijo: "¡Oh Azrael! ¡toma mi alma!".

La siguiente oración fue enseñada por el Profeta a sus compañeros: "Oh Dios, concédeme amarte y amar a quienes te aman, y cualquier cosa que me acerque a Tu amor, y haz Tu amor más precioso para mí que el agua fría para el sediento". Hassan Basri solía decir: "Quien conoce a Dios lo ama, y quien conoce el mundo lo odia".

Llegamos ahora a tratar del amor en su naturaleza esencial. El amor puede definirse como una inclinación hacia aquello que es agradable. Esto es evidente en el caso de los cinco sentidos, de cada uno de los cuales se puede decir que ama lo que le da deleite; así, el ojo ama las formas hermosas, el oído la música, etc. Este es un tipo de amor que compartimos con los animales.

Pero hay un sexto sentido, o facultad de percepción, implantado en el corazón, que los animales no poseen, a través del cual nos volvemos conscientes de la belleza y la excelencia espirituales.

Así, un hombre que solo conoce los deleites sensoriales no puede entender lo que quiso decir el Profeta cuando dijo que amaba la oración más que los perfumes o las mujeres, aunque estos dos últimos también le eran agradables.

Pero aquel cuyo ojo interior se abre para contemplar la belleza y la perfección de Dios despreciará todas las visiones externas en comparación, por muy hermosas que sean.

El primer tipo de hombre dirá que la belleza reside en la tez rosada y blanca, en miembros bien proporcionados y cosas parecidas, pero estará

ciego a la belleza moral, tal como aquella a la que se refieren los hombres cuando hablan de que tal o cual hombre posee un carácter "hermoso".

Pero a aquellos dotados de percepción interior les resulta completamente posible amar a los grandes del pasado, como a los califas Omar y Abu Bakr, a causa de sus nobles cualidades, aunque sus cuerpos se hayan mezclado hace mucho con el polvo. Tal amor no está dirigido hacia ninguna forma externa, sino hacia el carácter interior.

Incluso cuando deseamos despertar el amor en un niño hacia alguien, no describimos su belleza exterior de forma, etc., sino sus excelencias interiores.

Cuando aplicamos este principio al amor de Dios hallaremos que solo Él es digno de nuestro amor, y que, si alguien no lo ama, es porque no lo conoce. Cualquier cosa que amemos en alguien la amamos porque es un reflejo de Él. Es por esta razón que amamos a Mahoma, porque es el Profeta y el Amado de Dios, y el amor a los hombres sabios y piadosos es en realidad el amor a Dios. Veremos esto más claramente si consideramos cuáles son las causas que despiertan el amor.

La primera causa es esta: que el hombre se ama a sí mismo y a la perfección de su propia naturaleza. Esto lo lleva directamente al amor de Dios, porque la existencia misma del hombre y los atributos del hombre no son otra cosa que el don de Dios, sin cuya gracia y bondad el hombre nunca habría emergido de detrás de la cortina de la no existencia al mundo visible.

La preservación del hombre y su eventual alcance de la perfección también dependen por completo de la gracia de Dios. Sería en verdad una maravilla

que alguien se refugiara del calor del sol bajo la sombra de un árbol y no estuviera agradecido al árbol, sin el cual no habría sombra en absoluto.

Precisamente de la misma manera, si no fuera por Dios, el hombre no tendría existencia ni atributos en absoluto; ¿por qué, entonces, no habría de amar a Dios, a menos que sea ignorante de Él? Sin duda los necios no pueden amarlo, porque el amor a Él brota directamente del conocimiento de Él, ¿y de dónde habría de tener conocimiento un necio?

La segunda causa de este amor es que el hombre ama a su benefactor, y en verdad su único Benefactor es Dios, pues cualquier bondad que reciba de un semejante se debe a la instigación inmediata de Dios. Cualquiera que sea el motivo que haya impulsado la bondad que recibe de otro, ya sea el deseo de ganar mérito religioso o un buen nombre, Dios es el Agente que puso ese motivo en marcha.

⁂

La tercera causa es el amor que se despierta mediante la contemplación de los atributos de Dios, Su poder y sabiduría, de los cuales el poder y la sabiduría humanos son solo los reflejos más débiles.

Este amor es afín al que sentimos hacia los hombres grandes y buenos del pasado, como el imán Malik y el imán Shafi, aunque nunca esperamos recibir ningún beneficio personal de ellos, y es, por tanto, un tipo de amor más desinteresado.

Dios dijo al profeta David: "Ese siervo es el más querido para Mí que no me busca por temor al castigo o la esperanza de la recompensa, sino para pagar la deuda debida a Mi Deidad". Y en los Salmos está escrito: "¿Quién

es mayor transgresor que aquel que me adora por temor al infierno o esperanza del cielo? Si no hubiera creado ninguno de los dos, ¿no habría merecido entonces ser adorado?".

La cuarta causa de este amor es la afinidad entre el hombre y Dios, a la que se hace referencia en el dicho del Profeta: "En verdad Dios creó al hombre a Su propia imagen". Además, Dios ha dicho: "Mi siervo busca la proximidad a Mí, para que Yo lo haga Mi amigo, y cuando lo he hecho Mi amigo me convierto en su oído, su ojo, su lengua". De nuevo, Dios dijo a Moisés: "¿Estaba enfermo y no me visitaste?". Moisés respondió: "¡Oh Dios! Tú eres el Señor del cielo y de la tierra: ¿cómo podrías estar enfermo?".

Dios dijo: "Cierto siervo Mío estaba enfermo; si lo hubieras visitado, me habrías visitado a Mí".

Este es un tema algo peligroso en el que profundizar, ya que está más allá del entendimiento de la gente común, e incluso hombres inteligentes han tropezado al tratar de él, llegando a creer en la encarnación y la unión con Dios.

Aun así, la afinidad que existe entre el hombre y Dios descarta la objeción de aquellos teólogos mencionados anteriormente, que sostienen que el hombre no puede amar a un Ser que no es de su propia especie. Por grande que sea la distancia entre ellos, el hombre puede amar a Dios debido a la afinidad indicada en el dicho: "Dios creó al hombre a Su propia imagen".

La Visión de Dios

Todos los musulmanes profesan creer que la Visión de Dios es la cumbre de la felicidad humana, porque así se establece en la Ley; pero para muchos

esta es una mera profesión de labios que no despierta ninguna emoción en sus corazones. Esto es bastante natural, pues ¿cómo puede un hombre anhelar algo de lo que no tiene conocimiento? Nos esforzaremos por mostrar brevemente por qué la Visión de Dios es la mayor felicidad a la que un hombre puede aspirar.

En primer lugar, cada una de las facultades del hombre tiene su función apropiada que se deleita en cumplir. Esto es válido para todas ellas, desde el apetito corporal más bajo hasta la forma más elevada de aprehensión intelectual. Pero incluso una forma relativamente baja de esfuerzo mental proporciona mayor placer que la satisfacción de los apetitos corporales.

Así, si un hombre se encuentra absorbido en una partida de ajedrez, no irá a comer aunque se le llame repetidamente. Y cuanto más elevado sea el objeto de nuestro conocimiento, mayor será nuestro deleite en él; por ejemplo, nos complacería más conocer los secretos de un rey que los secretos de un vizconde.

Viendo, pues, que Dios es el objeto más elevado posible de conocimiento, el conocimiento de Él debe proporcionar más deleite que cualquier otro. Aquel que conoce a Dios, incluso en este mundo, habita, por así decirlo, en un paraíso "cuyo ancho es como el ancho de los cielos y de la tierra", un paraíso cuyos frutos ninguna envidia puede impedirle cortar, y cuya extensión no se estrecha por la multitud de quienes lo ocupan.

Pero el deleite del conocimiento aún se queda corto respecto al deleite de la visión, del mismo modo que nuestro placer al pensar en aquellos a quienes amamos es mucho menor que el placer proporcionado por la vista real de ellos. Nuestra prisión en cuerpos de barro y agua, y el enredo en las cosas

de los sentidos constituyen un velo que nos oculta la Visión de Dios, aunque no nos impide llegar a algún conocimiento de Él. Por esta razón Dios dijo a Moisés en el monte Sinaí: "No me verás".

La verdad del asunto es esta: que, así como la semilla del hombre se convierte en un hombre, y un hueso de dátil enterrado se convierte en una palmera, así el conocimiento de Dios adquirido en la tierra se transformará en el mundo venidero en la Visión de Dios, y aquel que nunca haya aprendido el conocimiento nunca tendrá la Visión.

Esta Visión no será compartida por igual por todos los que conocen, sino que su discernimiento de ella variará exactamente según su conocimiento. Dios es uno, pero será visto de muchas maneras diferentes, tal como un objeto se refleja de diferentes maneras en diferentes espejos, mostrando algunos una imagen recta, y otros una distorsionada, algunos claramente y otros difusamente.

Un espejo puede estar tan torcido que haga parecer deforme incluso a una forma hermosa, y un hombre puede llevar al mundo venidero un corazón tan oscuro y distorsionado que la vista que será una fuente de paz y gozo para otros sea para él una fuente de miseria.

Aquel en cuyo corazón el amor de Dios ha prevalecido sobre todo lo demás obtendrá más gozo de esta visión que aquel en cuyo corazón no ha prevalecido así; del mismo modo que en el caso de dos hombres con igual potencia visual que contemplan un rostro hermoso, aquel que ya ama al poseedor de ese rostro se regocijará al contemplarlo más que aquel que no lo ama.

Para la felicidad perfecta el mero conocimiento no es suficiente si no va acompañado de amor, y el amor de Dios no puede tomar posesión del corazón de un hombre hasta que este sea purificado del amor al mundo, purificación que solo puede efectuarse mediante la abstinencia y la austeridad.

Mientras está en este mundo, la condición de un hombre con respecto a la Visión de Dios es como la de un amante que ve el rostro de su Amada en el crepúsculo, mientras sus ropas están infestadas de avispones y escorpiones que lo atormentan continuamente.

Pero si el sol se levantara y revelara el rostro de su Amada en toda su belleza, y las alimañas nocivas dejaran de molestarlo, entonces el gozo del amante será como el del siervo de Dios, quien, liberado del crepúsculo y de las pruebas atormentadoras de este mundo, lo contempla sin un velo.

Abu Suleiman dijo: "Aquel que está ocupado consigo mismo ahora estará ocupado consigo mismo entonces, y aquel que está ocupado con Dios ahora estará ocupado con Él entonces".

⁂

Yahya Ibn Muaz relata: "Observé a Bayazid Bistami en oración durante toda una noche. Cuando hubo terminado, se puso de pie y dijo: '¡Oh Señor! Algunos de Tus siervos Te han pedido y obtenido de Ti el poder de realizar milagros, de caminar sobre el mar y de volar por el aire, pero esto no lo pido yo; algunos han pedido y obtenido tesoros, pero estos no los pido yo'.

Luego se volvió y, viéndome, dijo: '¿Estás ahí, Yahya?'. Respondí: 'Sí'. Preguntó: '¿Desde cuándo?'. Respondí: 'Desde hace mucho tiempo'. Luego le

pedí que me revelara algunas de sus experiencias espirituales. 'Revelaré —respondió— lo que es lícito decirte.

El Todopoderoso me mostró Su reino, desde lo más alto hasta lo más bajo; me elevó por encima del trono y del asiento y de todos los siete cielos. Luego dijo: "Pídeme cualquier cosa que desees". Respondí: "¡Señor! No deseo nada aparte de Ti". "En verdad —dijo Él—, tú eres Mi siervo"".

En otra ocasión Bayazid dijo: "Si Dios te ofreciera la intimidad con Él de Abraham, el poder en la oración de Moisés, la espiritualidad de Jesús, aun así mantén tu rostro dirigido solo a Él, pues Él tiene tesoros que superan incluso a estos".

Un día un amigo le dijo: "Durante treinta años he ayunado de día y he orado de noche y no he hallado nada de ese gozo espiritual del que hablas". Bayazid respondió: "Si ayunaras y oraras durante trescientos años, nunca lo hallarías".

"¿Cómo es eso?", preguntó el otro. "Porque —dijo Bayazid— tu egoísmo está actuando como un velo entre tú y Dios". "Dime, entonces, la cura". "Es una cura que no puedes llevar a cabo".

Sin embargo, como su amigo le urgía a que se la revelara, Bayazid dijo: "Ve al barbero más cercano y haz que te afeite la barba; despójate de tus ropas, con la excepción de un ceñidor alrededor de tus lomos. Toma un morral de caballo lleno de nueces, cuélgalo alrededor de tu cuello, ve al bazar y grita: 'Cualquier niño que me dé un bofetón en la nuca tendrá una nuez'.

Luego, de esta manera, ve a donde estén sentados el cadí y los doctores de la ley". "¡Bendita sea mi alma! —dijo su amigo—, realmente no puedo ha-

cer eso; sugiere algún otro remedio".

"Este es el preliminar indispensable para una cura —respondió Bayazid—, pero, como te dije, eres incurable".

La razón por la cual Bayazid indicó este método de cura para la falta de gusto en la devoción fue que su amigo era un ambicioso buscador de posición y honor. La ambición y el orgullo son enfermedades que solo se pueden curar de una manera semejante. Dios dijo a Jesús: "¡Oh Jesús!

Cuando veo en los corazones de Mis siervos un amor puro por Mí mismo no mezclado con ningún deseo egoísta respecto a este mundo o al próximo, actúo como guardián sobre ese amor". De nuevo, cuando la gente le preguntó a Jesús: "¿Cuál es la obra más elevada de todas?", él respondió: "Amar a Dios y estar resignado a Su voluntad".

A la santa Rabia se le preguntó una vez si amaba al Profeta: "El amor al Creador —dijo ella— me ha impedido amar a la criatura". Ibrahim Ben Adham, en sus oraciones, dijo: "¡Oh Dios! A mis ojos el cielo mismo es menos que un mosquito en comparación con el amor a Ti y el gozo de Tu recuerdo que me has concedido".

Aquel que supone que es posible disfrutar de la felicidad en el mundo venidero al margen del amor de Dios se ha extraviado gravemente, pues la esencia misma de la vida futura es llegar a Dios como a un objeto de deseo buscado durante mucho tiempo y alcanzado a través de innumerables obstáculos. Este disfrute de Dios es la felicidad.

Pero si antes no tenía deleite en Dios, tampoco se deleitará en Él entonces, y si su gozo en Dios era pequeño antes, será pequeño entonces. En resu-

men, nuestra felicidad futura estará en estricta proporción al grado en que hayamos amado a Dios aquí.

Pero (¡y que Dios nos libre de tal destino!), si en el corazón de un hombre ha estado creciendo un amor por lo que se opone a Dios, las condiciones de la vida futura le serán del todo ajenas, y lo que causará gozo a otros a él le causará miseria.

Esto se puede ilustrar con la siguiente anécdota: Cierto basurero entró en el bazar de los perfumistas y, al oler las dulces fragancias, cayó desmayado. La gente se reunió a su alrededor, le roció agua de rosas y le acercó almizcle a la nariz, pero solo empeoraba.

Por fin vino uno que había sido basurero él mismo; sostuvo un poco de inmundicia bajo la nariz del hombre y este revivió al instante, exclamando con un suspiro de satisfacción: "¡Ah, esto sí que es perfume!".

Así, en la vida futura, el hombre mundano ya no encontrará el sucio dinero ni los sucios placeres del mundo; los gozos espirituales de ese mundo le serán del todo ajenos y no harán sino aumentar su desdicha. Porque el mundo venidero es un mundo del Espíritu y de la manifestación de la Belleza de Dios; feliz es aquel hombre que ha buscado y adquirido afinidad con él.

Todas las austeridades, devociones y estudios tienen por objeto la adquisición de esa afinidad, y esa afinidad es el amor. Este es el significado de aquel dicho del Corán: "Aquel que ha purificado su alma es feliz".

Los pecados y las concupiscencias se oponen directamente a la consecución de esta afinidad; por tanto, el Corán continúa diciendo: "Y aquel que ha

corrompido su alma es miserable". Quienes están dotados de percepción espiritual realmente han captado esta verdad como un hecho de experiencia, y no como una mera máxima tradicional.

Su clara percepción de ella los lleva a la convicción de que aquel por quien fue pronunciada era en verdad un profeta, así como un hombre que ha estudiado medicina sabe cuándo está escuchando a un médico.

Este es un tipo de certeza que no requiere el apoyo de milagros como la conversión de una vara en serpiente, cuyo crédito puede ser sacudido por milagros aparentemente igual de extraordinarios realizados por magos.

⁂

Las señales del amor de Dios

Muchos afirman amar a Dios, pero cada uno debe examinarse a sí mismo en cuanto a la autenticidad del amor que profesa. La primera prueba es esta: no le debe desagradar la idea de la muerte, pues ningún amigo se resiste a ir a ver a un amigo. El Profeta dijo: "Quien desee ver a Dios, Dios desea verlo". Es cierto que un sincero amante de Dios puede temer el pensamiento de que la muerte llegue antes de haber terminado su preparación para el mundo venidero, pero si es sincero, será diligente en hacer tal preparación.

La segunda prueba de sinceridad es que el hombre debe estar dispuesto a sacrificar su voluntad a la de Dios, debe aferrarse a lo que lo acerca a Dios y debe evitar lo que lo coloca a distancia de Dios. El hecho de que un hombre peque no es prueba de que no ame a Dios en absoluto, pero prueba que no lo ama con todo su corazón.

El santo Fudhail dijo a cierto hombre: "Si alguien te pregunta si amas a Dios, guarda silencio; porque si dices: 'No lo amo', eres un infiel; y si dices: 'Lo amo', tus acciones te contradicen".

La tercera prueba es que el recuerdo de Dios debe permanecer siempre fresco en el corazón del hombre sin esfuerzo, pues lo que el hombre ama lo recuerda constantemente, y si su amor es perfecto nunca lo olvida. Es posible, sin embargo, que, mientras el amor de Dios no ocupe el primer lugar en el corazón del hombre, el amor al amor de Dios sí lo ocupe, porque el amor es una cosa y el amor al amor es otra.

La cuarta prueba es que amará el Corán, que es la Palabra de Dios, y a Mahoma, que es el Profeta de Dios; si su amor es realmente fuerte, amará a todos los hombres, pues todos son siervos de Dios; más aún, su amor abarcará a toda la creación, porque quien ama a alguien ama las obras que compone y su caligrafía.

La quinta prueba es que codiciará el retiro y la privacidad para fines de devoción; anhelará la llegada de la noche, para poder tener relación con su Amigo sin impedimento ni estorbo. Si prefiere la conversación de día y el sueño de noche a tal retiro, entonces su amor es imperfecto.

Dios dijo a David: "No seas demasiado íntimo con los hombres; porque dos tipos de personas están excluidas de Mi presencia: los que son fervientes en buscar la recompensa y flojos cuando la obtienen, y los que prefieren sus propios pensamientos al recuerdo de Mí. La señal de Mi disgusto es que los dejo a sí mismos".

En verdad, si el amor de Dios toma realmente posesión del corazón, todo otro amor queda excluido. Uno de los hijos de Israel tenía la costumbre de orar de noche, pero, observando que un pájaro cantaba muy dulcemente en cierto árbol, empezó a orar debajo de ese árbol, para tener el placer de escuchar al pájaro.

Dios le dijo a David que fuera y le dijera: "Has mezclado el amor de un pájaro melodioso con el amor a Mí; tu rango entre los santos ha bajado". Por otra parte, algunos han amado a Dios con tal intensidad que, mientras estaban dedicados a la devoción, sus casas se han incendiado y no se han dado cuenta.

Una sexta prueba es que la adoración se vuelve fácil. Cierto santo dijo: "Durante un espacio de treinta años realicé mis devociones nocturnas con gran dificultad, pero durante un segundo espacio de treinta años se convirtieron en un deleite". Cuando el amor a Dios es completo, ningún gozo es igual al gozo de la adoración.

La séptima prueba es que los amantes de Dios amarán a quienes le obedecen y odiarán a los infieles y a los desobedientes, como dice el Corán: "Son severos contra los incrédulos y misericordiosos entre sí". El Profeta una vez le preguntó a Dios y dijo: "¡Oh Señor! ¿quiénes son Tus amantes?", y la respuesta vino: "Aquellos que se aferran a Mí como un niño a su madre, se refugian en el recuerdo de Mí como un pájaro busca el cobijo de su nido, y están tan enojados ante la visión del pecado como un león enojado que no teme a nada".

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0